La conquista del ESPACIO

EL PELIGRO LATENTE DE MHURG

A. Thorkent

CIENCIA FICCION



Entonces la tensión cedía a consecuencia de la intervención de Oorfoo y todos terminaban riendo. El ser de Antares movía sus cuatro manos y se marchaba aún más enfadado que antes a refugiarse en el puente de mando, el sitio donde se encontraba más a gusto, según afirmaba. Claro que cuando Oorfoo hablaba así forzosamente quien le escuchaba tenía que convertir el enfado en hilaridad.

A. Thorkent

El peligro latente de Mhurg

Bolsilibros: La conquista del espacio - 560

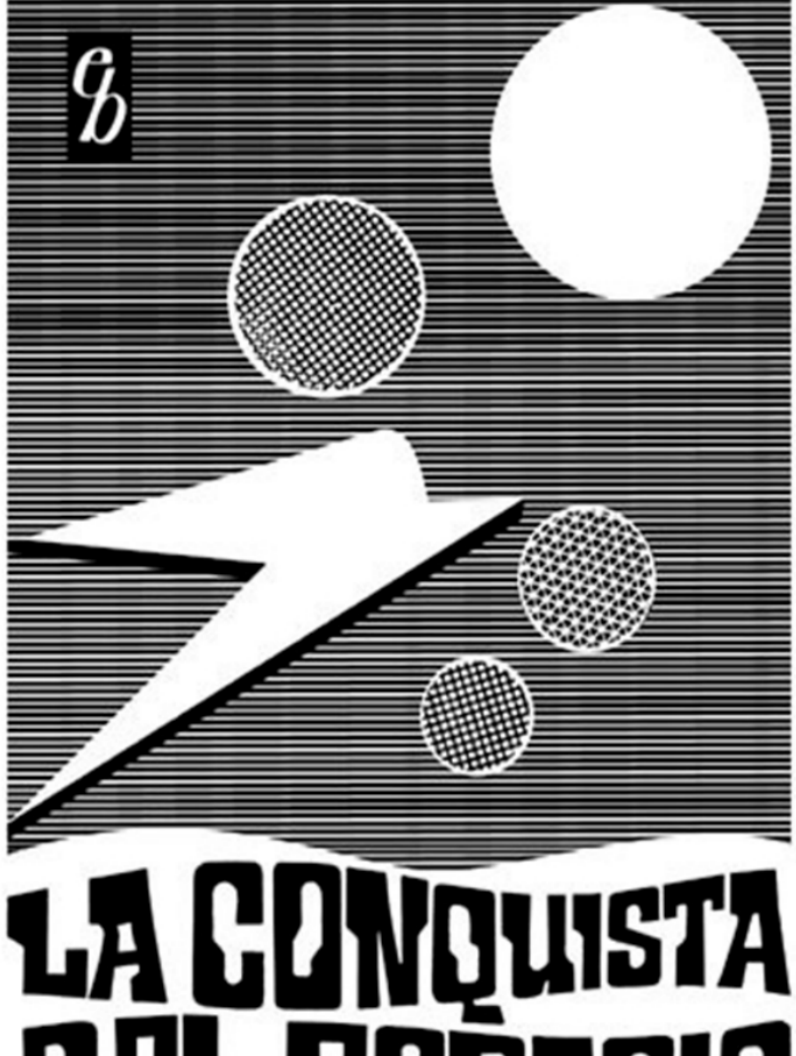
ePub r1.0

Titivillus 10.09.2019

A. Thorkent, 1981

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




LA CONQUISTA
DEL ESPACIO

EL PELIGRO LATENTE DE MHURG

A. THORKENT

CAPÍTULO PRIMERO

Oorfoo había dicho en más de una ocasión con su silbante voz:

—Estoy hasta las narices de vosotros, de vuestras discusiones y absurdas tensiones. A la primera ocasión me largo, regreso a mi amado hogar a respirar el limpio y fragante aire de las inmensas llanuras de Iorgoon.

Así solía expresarse el ser de Antares VII cuando las dos parejas humanas convertían al carguero *Trade Planet* en un lugar poco grato para una agradable convivencia.

Entonces la tensión cedía a consecuencia de la intervención de Oorfoo y todos terminaban riendo. El ser de Antares movía sus cuatro manos y se marchaba aún más enfadado que antes a refugiarse en el puente de mando, el sitio donde se encontraba más a gusto, según afirmaba. Claro que cuando Oorfoo hablaba así forzosamente quien le escuchaba tenía que convertir el enfado en hilaridad.

Por ejemplo, Oorfoo no tenía nariz en su aplastado rostro ceniciento, y aunque juraba por sus antepasados que el aire de su planeta era el mejor de la Galaxia, los humanos recordaban que allí existía una atmósfera que rondaba los cien grados bajo cero y el viento que arrasaba las gélidas llanuras superaba con creces los ciento cincuenta kilómetros por hora.

Cuando Kent Freeman insinuó una vez que debían ir algún día a Antares VII, lorgoon Oorfoo, y buscarle una compañera, el piloto navegante agitaba sus dos pares de brazos y protestaba con toda firmeza, asegurando que él aún era joven y que hasta dentro de cien años al menos no debía pensar en el apareamiento.

Entonces intervenía la compañera de Kent, Claire Seelye, diciendo que a ella y a Rosa Checa les encantaría tener una nueva compañera.

—No os llevaréis bien con una nativa de mi mundo —rezongaba

Oorfoo en un equivalente a risa humana. Son muy parlanchinas y torpes en la cocina. Por el momento estoy bien así. Cuando quiera una hembra lo sabré y entonces regresaré a Iorgoon. Claro que puedo hacerlo antes si vosotros seguís con vuestras estúpidas disputas…

—Es normal que entre los humanos a veces nos peleemos, amigo —dijo Jack Shafer tomando a Rosa Checa por la cintura y besándola en la boca, gesto que hizo que el iorgoonita volviese la cabeza. Pero siempre terminamos haciendo las paces.

—Eso es lo que no comprendo. ¿Para qué empezar una pelea, insultarse y amenazarse mutuamente para luego terminar dándose los hombres un apretón de manos, las mujeres un casto beso en las mejillas y luego las dos parejas haciéndose el amor en sus respectivos camarotes? ¿No es absurda tal pérdida de tiempo y energías?

Y Jack Shafer tenía que admitir que Oorfoo tenía una buena parte de lógica en sus apreciaciones. Reconocía que las disputas entre las dos chicas de la tripulación eran demasiado frecuentes y a veces muy fuertes, lo que obligaba a sus compañeros a intervenir y en ocasiones a enfadarse ellos mismos.

Pero por el momento la sangre nunca había llegado al río. Pese a todo, Jack pensaba que algún día tendría que parar los pies a Claire. Aquella chica seguía mostrándose insinuante con él. Y el día que Kent se diese cuenta de ello la pelea sería mucho más seria.

Y lo peor es que la situación que a veces ponía en tensión e incluso en peligro la nave mercante podía llegar a oídos de los jefes de la compañía y perder todos el empleo.

La situación económica no era boyante en el área estelar de Procyon II. La expansión humana había rebasado el planeta y ahora el auge se desarrollaba a varios parsecs más allá, hacia el centro de la Galaxia.

Pero los colonos, humanos en su mayoría, residentes en Procyon II confiaban en que la segunda marcha colonial debía pasar forzosamente por allí y la prosperidad tenía que regresar indudablemente.

Quien tenía un empleo debía conservarlo hasta que tiempos mejores arribasen.

Shafer hubiera preferido que la pareja formada por Kent y Claire

hubiesen sido destinados a otra nave, después del altercado ocurrido durante el viaje anterior que a punto estuvo de echar a perder el negocio de transporte con los asteroides mineros.

Y aquel imbécil de Kent seguía sin sospechar que Claire le perseguía. Rosa sí lo sabía y Jack temía que cualquier día iba a estallar y entonces Freeman se iba a enterar de una manera brusca.

Pero la compañía propietaria del *Trade Planet* fue inflexible y de nuevo les impusieron un nuevo viaje de suministro a las minas. Ahora volvían a Procyon con las bodegas vacías. El porte que debían haber encontrado les falló y Jack rumiaba que la compañía iba a perder dinero en aquel trabajo.

La compañía, *Double Transport*, sobrellevaba cuantiosas pérdidas y entre los empleados se comentaba que si la cosa seguía así podía ir a la quiebra, liquidar lo poco que podía salvar y regresar a la Zona Terrestre, donde los negocios seguían siendo buenos.

La expansión humana por la Galaxia, después del parón que sufrió con las guerras infrahumanas no llevaba una dirección lógica. Eran muchas las líneas que se extendían y ninguna de ellas mostraba solidez.

Lo que en un principio podía resultar una apertura próspera, al cabo de unos años todo se derrumbaba y las colonias, esparcidas y sin sólida base económica malvivían unos años con la esperanza de un resurgimiento o tenían que plegar sus ambiciones y abandonar los mundos que esperaban convertir en comunidades firmes.

Ahora todo el sector de Procyon se hallaba en un compás de espera. Aún no se habían producido deserciones y las diversas etnias galácticas seguían esperanzadas en que la suerte cambiaria y volverían los grandes negocios.

De todas formas, Jack Shafer deseaba que aquél fuese el último viaje que hicieran junto con Kent y Claire. En el próximo podía suceder lo inevitable.

Kent aún no sabía que tiempos atrás Jack y Claire estuvieron muy unidos sentimentalmente, mientras trabajaban en las líneas comerciales alejadas de Procyon. Pero Claire cambió mucho, se dijo Jack apesadumbrado. Drogas, lesbianismo y alcohol la transformaron en algo irritable e imposible de soportarla. La abandonó.

Entonces encontró a Rosa, recién llegada a Procyon II. Enseguida intimaron durante el primer viaje a las minas.

Luego apareció Kent y junto con Oorfoo formaron una buena tripulación. Pero Kent no debía viajar sin una compañía femenina y él solicitó a la compañía una navegante, ya que aquel puesto seguía estando vacante. La que le enviaron fue una humanoide de Larkhai que no pudo aguantarla dos viajes seguidos. La despidió y solicitó otra.

Entonces fue enviada Claire Seeye, que fue recibida con alegría por Kent y con asombro y temor por Jack.

Sólo dos meses más tarde, Claire contó a Jack que había estado una larga temporada en una clínica, curándose de sus enfermedades físicas y psíquicas, pero que ahora que estaba recuperada ellos podían…

Jack respondió secamente que Kent era su amigo y Rosa la mujer que amaba, además de compañera de trabajo.

Claire se mordió los labios, palideció y dio muestras de aceptar los hechos.

Pero más tarde, ella empezó a mostrar cierta ironía en las conversaciones que sostenían en las sobremesas. Discutió con Rosa, primero por cuestiones banales y luego terminó insultándola. Al principio Kent no tomó partido, pero más tarde tuvo sus roces con Jack y las disputas aumentaron, con gran desesperación por parte de Oorfoo. Estaban a dos días de navegación a media velocidad de Procyon II cuando Jack entró en el puente. Como siempre, encontró allí a Oorfoo. El ser de Antares resultaba infatigable en su trabajo.

—Hola, Oor —saludó Jack, usando el nombre abreviado del navegante.

—Hola, Jack. Siéntate.

—¿Todo va bien?

—Claro que si —replicó Oorfoo, mostrando un fingido enfado, como si la pregunta hubiera herido su amor propio.

—Puedo quedarme aquí un rato. ¿Por qué no descansas? Y Oorfoo soltó su peculiar risita. ¿Acaso aquel humano no sabía porque él se lo había dicho muchas veces que no se cansaba prácticamente nunca?

Además, le gustaba estar en el puente, con la mirada fija en las cuatro grandes pantallas, observando las estrellas cuando salían del

hiperespacio y éstas se mostraban con su aplastante belleza.

—Ésta es mi guardia, Jack.

—Pero es que ya has hecho la mía y la de Rosa —rió Shafer—. Y temo que también harás las de Kent y Claire.

—No me importaría, no. Incluso me gustaría.

—Lo creo. Dime, Oor, ¿por qué disfrutas tanto mirando el espacio estelar?

—No sabría explicarlo. En mi planeta, debido a la ausencia de metales pesados nunca pudimos construir naves estelares, pese a que siempre supimos que había vida en otros mundos. Cuando llegaron los humanos, con sus resplandecientes naves, comprendimos que era nuestra oportunidad de poder realizar los sueños de mi raza.

—Y aprendiste navegación estelar…

—Creo que ya lo sabía todo en teoría. Cuando me admitieron en una nave pequeña y vieja, pensando mis superiores que no sabría valerme por mi mismo, me sentí distinto, realizado. Desde entonces no he dejado de navegar, de un sistema a otro.

—Pero algún día deberás volver a Antares.

—Lo haré cuando llegue el momento.

Jack se rascó la barbilla. Tomó un cigarrillo y se lo puso entre los labios, pero sin encenderlo.

—¿Qué edad tienes, amigo?

—Oh, según vuestro tiempo soy un viejo; pero de acuerdo con la cronología de Antares, quiero decir Iorgoon, aún estoy en la adolescencia.

—Sois muy adelantados los… —empezó a decir Jack, sonriente.

Pero un ademán imperioso de Oorfoo le hizo callar. Él también había visto la señal luminosa encenderse en el panel. Era una luz rosada al principio, pero que luego se tornó roja.

—¿Qué demonios es eso?

—Hemos detectado un cuerpo en nuestra ruta, Jack.

—¿A qué distancia?

Y Jack se asombró una vez más ante la inusitada rapidez de los largos dedos de Oorfoo, cuando se movieron sobre los extensos paneles, moviendo palancas y pulsando botones. Llegó a la conclusión que no podía haber mejor piloto en la Galaxia que el ser de Antares.

—A cien mil kilómetros a babor. Pasaremos por su lado a unos doscientos. Lo perderemos de vista, dejándolo a nuestra popa, en unos quince minutos.

—¿Qué es?

—Aún no estoy seguro. Tal vez una vieja nave o un asteroide pequeño, como de cuatro o cinco kilómetros de largo por dos de ancho. Pero su contenido de metal es casi del noventa por ciento.

—¿Podría ser una nave?

Oorfoo hizo un ademán de ignorancia, mientras disponía los visores de aumento para que mostrasen en las pantallas de proa la imagen del desconocido cuerpo.

Al cabo de un par de minutos, Oorfoo dijo:

—Creo que… sí, se trata de una nave.

Jack saltó del sillón y miró la pantalla. Todavía no era nada más que un minúsculo punto de luz que casi se confundía con las estrellas y del que apenas tenían datos seguros.

Jack entornó los ojos. Una nave de cinco kilómetros de largo… Y no se movía. De eso no había la menor duda.

Desvió la mirada hacia el navegante, que seguía trabajando con ahínco.

—Es una nave —aseguró Oorfoo—. Y está al pairo.

—¿Un pecio?

—No lo creo. Está intacta. Al menos su casco. Un casco enorme, toneladas de acero —dijo Oorfoo, ensoñadoramente, tal vez porque en su mundo el hierro era un mineral desconocido—. Millones de toneladas.

—No sé de ningún planeta que disponga de naves tan grandes —masculló Jack.

—Ahora podremos observarla mejor. Ya tenemos enfoque.

En la pantalla de proa el punto luminoso creció y se transformó en una estructura de acero. Era algo alargado, con una semiesfera en un extremo, que bien podía ser su proa. Por la posición de la nave no podían verse sus sistemas de impulsión.

—Oor —musitó Jack—. ¿Te das cuenta de lo que tenemos delante?

El navegante asintió vigorosamente.

—Una nave, aparentemente abandonada —añadió Jack apoyando sus manos en el respaldo del sillón de Oorfoo—. Miles de

millones de créditos ahí en medio del espacio, a nuestras manos.

—Jack, es preciso tomar una determinación enseguida —dijo lúgubremente Oorfoo—. Si queremos acercamos a esa nave tenemos que decidirlo pronto. Dentro de diez minutos no podremos realizar la maniobra de acercamiento porque estaremos muy lejos y nuestras reservas de energía son limitadas.

Shafer asintió. Sabía lo que debía hacer. Pulsó el botón de alarma media. El resto de la tripulación debería acudir a la llamada en el puente de mando.

Quien primero entró fue Rosa, que miró a ambos alarmada.

—¿Qué sucede? —preguntó. Jack señaló la pantalla.

—Míralo tú misma.

Entonces entraron Kent Freeman y Claire. Ninguno de los dos hizo pregunta alguna. Miraron la nave mostrada en la pantalla.

—Oor dice que tenemos que decidir si nos acercamos a ella o seguimos adelante. Pasaremos entonces a unos doscientos kilómetros de ella.

El ser de Antares se volvió hacia los humanos.

—Ya tengo registrado este lugar. Podríamos regresar a la base e informar a la compañía. Si ellos lo consideran rentable pueden enviar una expedición científica para investigar.

—Eso sólo nos daría una miseria si el botín fuese fabuloso —masculló Kent.

—Exacto —asintió Jack—. Si nosotros conseguimos regresar a la base arrastrando esa nave tendremos derecho a un treinta por ciento de su valor, cuanto menos.

—Entonces la duda no debe existir —dijo Claire—. Soy de la opinión que debemos salirnos de nuestra ruta y acercarnos a esa nave.

—Jack es el capitán —le recordó Rosa secamente—. Él decidirá.

Temiendo una llueva discusión entre las dos mujeres, Jack se apresuró en contestar:

—Podemos gastar algo de las reservas de energía y decelerar para colocarnos al lado de la nave. Incluso si no podemos arrastrarla por cualquier motivo, podremos dejar nuestro testimonio. Eso será mejor que informar de su situación y que luego nuestros jefes se embolsen una fortuna.

—De acuerdo —dijo Kent.

—Pero antes debemos llevar a cabo una formalidad.

Y todos le miraron ceñudos, expectantes.

Jack sonrió tranquilizador.

—Las leyes requieren que antes de abordar una nave supuestamente abandonada se debe enviar mensajes solicitando su identificación en distintas frecuencias.

—Yo me ocuparé de esa formalidad —rió Claire sentándose delante de los comunicadores—. Y os apuesto parte de mi lote en el botín que no recibiré contestación alguna.

CAPÍTULO II

Aunque ninguno quiso demostrarlo, todos respiraron tranquilos cuando Claire se levantó del puesto de comunicación y dijo triunfalmente que de la extraña nave nadie había respondido a sus llamadas.

—Si hay alguien estará muerto desde hace mucho tiempo —añadió.

—¿Por qué desde hace tiempo? —preguntó Jack.

—Es obvio. Esa nave parece vieja.

—¿Qué tiempo supones que tiene?

—No lo sé. Tal vez dos o tres siglos.

—O menos. Es difícil saberlo —intervino Rosa—. Lo que me extraña es su modelo tan poco frecuente.

Oorfoo dijo mientras se alzaba de su sillón de piloto:

—He visto casi todos los modelos de grandes transportes usados en una amplia extensión de la Galaxia. No, no es conocido este tipo de naves. Juraría que no pertenece a ninguna serie conocida. Quizá sea algo único, construida como prototipo o para realizar una misión determinada.

—Bien, dejemos las especulaciones —dijo Kent—. La cuestión importante ahora es saber quiénes de nosotros entrará allí.

Oorfoo gruñó, regresando a su asiento.

—Lo vital es ahora acercamos. Llevamos decelerando ocho minutos y nuestra velocidad es ahora casi nula. Tendremos que usar, de todas formas, los garfios magnéticos para sujetamos a ella. Durante el tiempo que dure nuestra exploración nos alejaremos de nuestra ruta, calculo, unos cien mil kilómetros.

Jack asintió.

—Será tolerable —miró a Kent—. Creo que podríamos ir todos. No veo ningún problema —sonrió—. Comprendo que ninguno de nosotros, tal vez excepto Oor, desee quedarse.

—Eh, un momento —protestó el iorgoonita—. Yo también soy curioso. Esa nave me intriga mucho y deseo comprobar cuanto antes cierta teoría.

—¿Qué teoría?

—Paciencia. No quiero equivocarme. Tal vez os anticipe algo cuando estemos dentro.

—Eso no será meritorio —rió Claire.

—En cierto modo, si —convino Jack—. No lograremos saber inmediatamente de dónde viene, apenas entremos. Oor, ¿has localizado alguna esclusa viable?

—Sí, precisamente en el centro de la nave existen varias. Espero que sean accesibles desde el exterior.

—Si no es así, usaremos los sopletes y láser. Vamos a vestirnos con los trajes.

Salieron del puente cuando Oorfoo lanzó media docena de garfios magnéticos que se adosaron satisfactoriamente contra el casco de la misteriosa nave. Accionó la recogida y la *Trade Planet* quedó apenas a diez metros del fuselaje de la gigantesca nave.

En la antecámara se pusieron con cierto nerviosismo los trajes. Comprobaron la hermeticidad de éstos y abrieron el paso del oxígeno. Oorfoo tuvo que ser ayudado por Jack para sellar su escafandra.

—Todo correcto —dijo Jack después de revisar cada traje. A continuación, se acercó a la primera compuerta y pulsó el abridor. Penetraron en la cámara y esperaron a que el aire fuese extraído. Cuando la luz verde se encendió sobre la segunda compuerta, movió la pesada manija y la deslizó hacia la derecha. Delante de ellos tenían el gris y viejo fuselaje de la nave ciclópea. Apenas a unos veinte metros había una esclusa circular de unos tres metros de diámetro.

Kent preparó los hilos de seda, que cada tripulante se sujetó al cinturón. Luego, Jack fue el primero en impulsarse al vacío. Los demás le siguieron a continuación.

Se posaron sobre la esclusa y la inspeccionaron. Llegó Oorfoo portando una bolsa con sopletes y algunos láseres de gran potencia.

Al verle, Kent comentó:

—Me tranquiliza saber que no estaremos desarmados. Oor entregó la bolsa a Jack y paseó sobre la esclusa. Se inclinó sobre

ella y sus enguantadas manos acariciaron el viejo metal.

Pulsó algún resorte y la circular masa de acero se abrió como una flor, escondiéndose en los bordes. Pero el movimiento fue lo bastante lento para que todos pudieran echarse a un lado.

Un negro túnel se les ofreció. Encendieron lámparas y lo alumbraron. Todos titubearon. Jack rió nerviosamente y entró el primero, diciendo:

—Es como entrar en una tumba. Lúgubre, pero seguro. Colocó sus botas magnéticas y anduvo por un lateral. Empezó a notar cierta gravedad y cambió de plano. Apenas hubo andado tres metros cuando se sonrió al comprobar que había hecho lo correcto. Caminaba sobre el suelo.

Cerraron la esclusa y procedieron a abrir la segunda. El sistema no era nada desconocido. Tal vez variasen ligeramente algunos detalles, pero hasta el momento la nave no mostraba ningún indicio de no estar construida en algún planeta que no hubiese sido colonizado o visitado por humanos.

Al abrirse la segunda esclusa se escuchó un silbido en los receptores de los cascos.

—Existe aire, pero muy tenue —dijo Oor.

—¿Crees que alguna vez fue una atmósfera adecuada para nosotros? —preguntó Jack.

—No lo sé aún. Sigamos.

Entraron en un corredor. Todos llevaban encendidas sus lámparas portátiles. Sin que Jack pudiera evitarlo, Oor se puso en cabeza. Avanzaba ligeramente nervioso, emocionado. Todos sabían que cuando un iorgoonita se tornaba curioso perdía a veces su sentido de la precaución.

Jack se dijo que debía vigilarle, ya que pedir a Oor que le dejase a él ir el primero podía ofenderle.

Las primeras puertas situadas a los lados del corredor hicieron que Oor emitiese un gruñido y luego el siguiente comentario:

—Diseño humano —y pareció decirlo en cierta forma desilusionado.

—¡Jack! —gritó Rosa, y añadió con voz vacilante—: Allí, al otro lado del pasillo, hay una luz.

Avanzaron hacia ella y, efectivamente, vieron que las siguientes salas estaban alumbradas. La luz era pobre y amarillenta.

—Tal vez aún existan fuentes de energía —dijo Kent—. Pero están débiles.

Jack dijo:

—Quizá no se deba a un debilitamiento de las fuentes energéticas, sino a que el suministro menguó. Si encontrásemos el puente de mando podríamos intentar alumbrar adecuadamente toda la nave. Y hasta regular su atmósfera —sonrió—. Claro que sería el tipo de aire que respiraron sus tripulantes, y eso no quiere decir que sea el adecuado para nosotros.

—Pero debemos intentarlo, ¿no? —dijo Claire cuando volvieron a entrar en una zona oscura y de nuevo tuvieron que encender sus lámparas—. Confieso que este lugar me sobrecoge…

El sector por el que caminaban ahora parecía haber sido más usado para la vida cotidiana. Empezaron a hallar muebles y algunos amplios camarotes aún mostraban restos de ropas, podridas todas, y muebles metálicos, tales como literas, mesas y sillas. En una de éstas últimas, socarronamente se sentó Kent y exclamó:

—Eh, al menos tenían culos como los nuestros.

—Estructura humana —gruñó Oor, haciendo recorrer el haz de su lámpara por las paredes desnudas.

—¿Has sacado ya alguna conclusión? —preguntó con cierta ironía Freeman.

—Algunas, sí. Pero no son definitivas. Esperemos.

—¿Qué tenemos que esperar? Creo que te has burlado de nosotros.

—Simplemente, un resto mortal de los viajeros de esta nave.

—¿Un cadáver? Tal vez se hayan volatizado si han pasado los suficientes años, ¿no?

Pasaron por comedores, con montones de mesas y sillas apiladas en los rincones. En alguna estancia la suciedad era muy antigua. Quizá de mucho antes que la vida dejase de existir en la nave.

—Algo pasó que los viajeros fueron abandonando algunos sectores de esta enorme nave —dijo Jack.

—Estoy de acuerdo contigo —asintió Oor—. Si bajamos a los niveles inferiores, donde supongo están los depósitos de alimentos o campos hidropónicos, quizá desechemos o no la hipótesis de que murieron de hambre.

—Para una nave superlumínica no existe ese problema —rió

Kent.

—¿Qué te hace suponer que esta nave sea de ese tipo? —protestó Oor—. Posiblemente no alcanzaba ni un tercio de la velocidad de la luz y el viaje que emprendieron les iba a tomar un montón de años de sus vidas. Seguramente se organizaron para un trayecto largo. Aquí debieron nacer y morir muchos seres. Mira.

Señaló unas cunas de aluminio. Las ropas que se mezclaban con ellas estaban acartonadas. Cuando Kent las tocó se deshicieron entre sus dedos enguantados.

Encontraron unas escaleras y descendieron por ellas. Tal como había previsto Oor, estaban en las bodegas.

Allí vieron toneladas de fardos, de cajas metálicas herméticamente cerradas. Oor tomó su láser y descerrajó una. Cayó una cascada de un polvo blanco.

—Diría que es leche liofilizada o algún alimento enriquecido. No, no pudieron morir de hambre.

—Entonces no deberíamos quitamos nuestros trajes —silabeó Kent—. Aunque pudiéramos restituir la atmósfera. Pienso que una terrible enfermedad acabó con todos.

—Eso es imposible —negó Oor moviendo la cabeza—. Cuando se embarca en una especie de arca como ésta a cientos o miles de seres se cuidan mucho los detalles profilácticos. Y es imposible que una epidemia se desarrolle en un ambiente esterilizado.

—Entonces, ¿qué demonios ocurrió y dónde están los que construyeron esta nave? —bramó Kent.

—Tengamos paciencia. Iremos al otro lado de estos almacenes y luego subiremos otra vez. El puente debe estar arriba.

Cruzaron unos campos hidropónicos. Las luces y el líquido nutritivo aún funcionaban en aquel sector, aunque las plantas y frutos mostraban irrefutablemente que nadie cuidaba su desarrollo.

Oor inspeccionó los frutos. Algunos canales estaban obstruidos porque cientos de ellos se habían caído y corrompido.

—Diría que son originarios de Tau Ceti o Lira-Vega.

—Parecen naranjas híbridas con manzanas —añadió Kent tomando una que pendía de la rama.

La estrujó y surgió de su interior un líquido amarillo de su carne rojiza. La arrojó con asco.

—No perdamos más el tiempo aquí. Tenemos que encontrar el

puente y anular la inercia de esta nave —dijo Jack—. En caso contrario tendremos que abandonarla antes que nos saque demasiado de nuestra ruta.

De nuevo en zona oscura, encontraron los ascensores inutilizados. Usaron las escaleras y anduvieron por un dédalo de corredores, en donde las tenues luces sólo estaban esparcidas de trecho en trecho.

En una habitación que visitó Claire curiosamente encontraron el primer vestigio de los pasajeros.

Era un esqueleto del que pendía sólo un cinturón de metal y unas botas de cuero.

—Fueron humanos —musitó Jack arrodillándose delante del despojo—. Y juraría que este esqueleto es de mujer —dijo después de contar el número de costillas y observar los detalles de la pelvis.

Entonces, a una indicación de Claire, todos entraron en la siguiente estancia que ella estaba señalando. Ella dijo:

—Parece que este lugar era el banco de la nave —rió nerviosamente, señalando con la luz de su lámpara los montones de lingotes que la llenaban hasta el techo.

Todos fueron a tomar algunos y mirarlos con avidez. Sólo Oor parecía estudiarlos sin pasión.

Y fue el de Antares el primero que habló:

—Oro, iridio, palladium, etc. —Tiró con desdén los pesados lingotes, que rebotaron en el suelo de metal—. Sí, posiblemente aquí llevaban sus riquezas. También hay otros metales que no conozco. Tendría que analizarlos y…

—¿Qué más da? —exclamó Kent acariciando un lingote de oro —. Aquí hay riquezas fabulosas. Sólo con lo que contiene esta habitación nos hará ricos a todos. No tendremos que transportar la nave a Procyon.

Jack negó con la cabeza.

—Ahora es cuando debemos hacerlo, llevar ante la Compañía los testimonios suficientes para hacer valer nuestros derechos. Incluso con el treinta por ciento estipulado por la ley tendremos tanto dinero que no podremos gastarlo en un par de siglos.

—Nunca sobra el dinero —masculló Kent dejando el lingote sobre la pila aurífera.

Salieron de la estancia y Kent anotó la situación, explicando a

los demás:

—No podemos olvidar su situación, ¿no?

—No te preocupes —replicó Rosa—. No olvides que estando con nosotros Oor no existe ese problema. Recuerda su gran memoria.

Oor dijo:

—Apuesto lo que queráis que arriba de nuestras cabezas está el puente.

Se dirigía hacia unas escaleras cuando se detuvo y empujó una puerta lateral.

Se asomaron todos y en silencio miraron dentro.

Con recelo se adentraron apenas un metro dentro de la enorme sala. Sus luces recorrieron las grandes filas de relucientes robots. Sólo cuando estuvieron seguros de su inmovilidad parecieron respirar tranquilos.

—Son valiosos robots —dijo Oor acercándose al más próximo—. Construidos en Mhurg.

—¿Mhurg? —repitió Jack—. ¿Qué es eso?

—Un legendario planeta. —Oor movió la cabeza—. No sé cómo un humano ignora esa historia. Se dice que una de las primeras expediciones humanas estableció una colonia en Mhurg. Vivieron cientos de años aislados, sin desear contacto con sus semejantes. Edificaron una civilización paradisíaca, dedicándose a la holganza plena.

—¿Dónde está Mhurg?

—Creo que hace unos años se descubrió un planeta que se supuso fue el fabuloso Mhurg, pero nunca estuvieron seguros los investigadores. Encontraron ruinas de ciudades que debieron ser maravillosas y algunos restos de robots. Los mhurgos debieron construir robots para todo, ara ellos poder dedicarse al placer, a las artes y el amor. Nunca pudieron ser reconstruidos esos robots. Pese a las excavaciones, los arqueólogos no tuvieron la suerte de hallar lo más importante de ellos, sus misteriosos cerebros que debieron hacerlos únicos en la Galaxia. Comparados con los robots mhurgos, los que conocemos son asquerosos y torpes muñecos de metal, grotescos.

»Y ahora tenemos aquí cientos de ellos. Amigos, este descubrimiento es más valioso que esas toneladas de metales preciosos.

Kent resopló. Miró a Jack.

—Estoy de acuerdo contigo, amigo; debemos hacer todo lo posible por regresar a Procyon con esta nave.

Jack dirigió a su compañero una mirada preocupada y dijo:

—Busquemos el puente cuanto antes.

Mientras subían por las escaleras, Jack preguntó al iorgoonita:

—¿Entonces no tienes ya la menor duda de dónde procede esta nave?

—Aún no puedo afirmar nada. Ante ciertas evidencias me aventuro a suponer que es de Mhurg. Sobre todo, ante la presencia de esos maravillosos robots.

—Entonces debe ser muy vieja. Dices que el posible planeta Mhurg fue localizado hace pocos años.

—Eso se supone. Podemos pensar que esta nave, por una determinada circunstancia, partió de Mhurg hace algunos siglos, digamos dos o tres, cuando algo ocurrió en su mundo de origen que hizo que la feliz civilización se derrumbase. ¿Adónde iba y con qué fin? Ojalá lo supiéramos.

—¿Se sabe qué ocurrió en ese mundo que se supone fue Mhurg?

—Hambre. Los robots se ocupaban de obtener alimentos. A la tesis a que llegaron los investigadores fue que los mhurgos estaban tan ocupados con su vida placentera que se olvidaron que las tierras se agotan por muchos motivos. Los robots siempre hacían lo mismo, plantaban maíz o trigo donde durante años plantaron las mismas simientes. Llegó un día que los campos murieron, llegó un hambre total con la escasez de alimentos u otros recursos y la civilización mhurgo se derrumbó estrepitosamente en pocos años.

—Y algunos escaparon, por ejemplo en esta nave. —Jack movió los brazos—. Pero supieron elegir otras alternativas. Por ejemplo, instalaron plantaciones hidropónicas, además de llevarse una buena cantidad de alimentos que aún duran en óptimas condiciones. Aquí no pudieron morir de hambre. ¿Qué les sucedió?

Oor pareció encogerse de hombros dentro de su traje.

—Ojalá lo supiera. Mira. —Se había detenido y señaló una brillante puerta de metal azul—. Es el puente de mando.

Y entró resueltamente. Las luces que llevaban apenas pudieron alumbrar las enormes dimensiones de la estancia circular donde se encontraron.

Cuando Kent dirigió su luz hacia los sillones situados delante de inclinados paneles de control nadie se sorprendió ante el descubrimiento de un cadáver momificado.

Estaba sentado delante de un tablero y una de sus manos aún parecía tocar un conjunto de botones.

CAPÍTULO III

Cuando Jack se retiró de la consola y miró a Oor que trabajaba en otra, levantó la mano. Entonces el ser de Iorgoon hundió una hilera de discos rojos y las luces parecieron estallar dentro del puente.

Los humanos rieron alborozados y Oor emitió el sonido equivalente.

—¡Lo HEMOS conseguido! —exclamó Kent.

—Y también disponemos de oxígeno en este nivel —añadió Orr. Se acercó a los indicadores, asintiendo complacido después de leerlos—. He cerrado diversos compartimientos y ahora la atmósfera es la adecuada para nosotros. Bueno, yo la habría preferido menos calurosa, pero al parecer los mhurgos tenían los mismos molestos hábitos que vosotros.

—¿No existirán gérmenes nocivos?

—Nada de eso. Estate tranquilo, Kent.

Poco después, sin la molestia de los trajes de vacío, los humanos y el iorgoonita consiguieron detener el avance en inercia de la nave.

—Ya disponemos de tranquilidad —dijo Oor—. Giraremos lentamente en este mismo punto, describiendo un círculo de mil kilómetros. Intentaremos poner en funcionamiento el sistema impulsor y éste nos ayudará a que la carga del *Trade Planet* no sea excesiva. Ambas naves, al unísono, podrán regresar a Procyon en poco tiempo. Luego dejaremos esta nave en órbita y nosotros descenderemos en la base de la Compañía.

Jack echó un vistazo al esqueleto de mujer que habían tenido que colocar en un lado del puente, para que Rose pudiera usar el panel que había estado ocupando, ya que se trataban de las conexiones con el resto de los niveles. Se maravilló al ver a sus compañeros trabajar en el viejo puente, que parecía ser la parte mejor conservada de toda la nave, con la más completa naturalidad.

¿Es que ninguno se preguntaba por la tragedia que debió

haberse planteado en aquella nave para que sus viajeros desaparecieran y hasta el momento sólo quedase como evidencia dos momias?

Porque, sin la menor duda, aquella nave había estado habitada por cientos o algunos miles de seres, que huían de su mundo moribundo y buscaban otro que les fuera más acogedor.

Oor se levantó y masculló una imprecación.

—Lo siento, pero, tal como me temía, esta nave no dispone de velocidad superlumínica. Apenas alcanzará dos tercios de la luz. Así, nuestro regreso a Procyon se demorará hasta cinco o seis días.

—No es mucho —respondió Kent—. Podremos soportarlo. ¿Cuándo estaremos en condiciones de emprender el regreso?

—Hagamos las cosas con calma, amigos —dijo Oor.

Debemos calcular ciertos datos. Por ejemplo, saber qué cantidad de energía disponemos. No quisiera forzar los motores del *Trade Planet*. Esta nave, a la que desde ahora bautizaremos como Burgaoo, debe ayudamos.

—¿Por qué Burgaoo, Oor?

—Porque allí fue donde yo nací. Mi tribu se llama Burgaoo —replicó Oor con orgullo—. ¿Alguien disiente de mi propuesta?

Le respondieron con risas que no y Oor se dirigió hacia la salida del puente.

—¿Dónde vas? —le preguntó Jack.

—Quiero revisar ciertas cosas. No temáis, que no me perderé. Volveré pronto y entonces regresaremos a casa.

—Eso es —añadió Kent—. A convertirnos en millonarios. Nadaremos en riquezas.

—Oor —dijo Jack—. Llévate un transmisor y llámanos si necesitas ayuda.

El ser de Iorgoon se inclinó y tomó de su traje el transmisor. Luego, después de dudarlo, cogió también el láser.

* * *

—Oor tarda demasiado —dijo Rose intranquila, mientras paseaba delante de la consola que ocupaba Jack.

—Confía en él. Sabe lo que se hace —replicó Jack, sonriente,

pero interiormente intranquilo.

Vio alejarse a Rose, curioseando entre los aparatos, hasta perderse detrás de un macizo bloque. Más allá estaban Claire y Kent, conversando muy animadamente. ¿Especulando en qué gastarían la parte que les correspondería del botín?

Se encogió de hombros y echó de menos un cigarrillo. Entonces sonaron unos tenues zumbidos en su comunicador-receptor portátil. Lo tomó y apretó el botón para emitir.

—Soy Jack. ¿Oor? —enseguida se sonrió.

—¿Quién otro podía ser?

—Por favor, Jack, quiero que hables en voz baja. ¿Están cerca los demás? No quisiera que nadie nos escuchase.

Intranquilo, Jack miró a sus compañeros. Nadie parecía haberse dado cuenta que hablaba con Oor. Respondió:

—Dime lo que sea. Están distraídos. ¿Dónde estás? ¿Por qué has tardado tanto en comunicarte?

—Estoy bien, no te preocupes. He estado hasta donde hemos llenado de aire esta sección. He descubierto un hangar con dos naves. Una de ellas está en perfecto estado, pero la otra parece ser que sufrió desperfectos o no la terminaron de reparar. No lo sé.

—¿Naves salvavidas? ¿Qué tiene eso que ver con…?

—Nada, realmente. Luego me dirigí hacia donde vimos a los robots. —Tras una pausa, Oor añadió—: Y aún estoy aquí.

—Dime de una vez qué sucede, Oor.

—Jack, sólo en ti puedo confiar y te necesito para un experimento.

—¿Qué experimento?

—Te advierto que puede resultar peligroso. ¿Tienes fe en mí?

—Hasta cierto límite, sí. ¿Qué demonios pretendes?

—Quiero que vengas aquí. No le digas nada a nadie. Tengo cerrada la puerta de la sala de los robots. Tú la abrirás y estarás preparado para salir de ella cuando yo te lo diga. ¿De acuerdo?

—No entiendo nada, pero te conozco y seguro que te traes entre manos algo importante. Voy inmediatamente.

Jack cortó la comunicación y se levantó. Apoyado contra la consola estaba su rifle láser. Lo miró un momento y luego lo agarró. Desde el fondo del puente, Rosa le gritó al verle dirigirse hacia la salida:

—¿Qué pasa? ¿Adónde vas?

—Me ha llamado Oor. Quiere que le ayude a traer aquí algo que ha encontrado.

—Te acompaño.

—¡No! Quédate aquí; volveremos pronto.

Kent dejó de hablar con su compañera y miró a Jack.

—¿Es que habéis pensado esconder parte de nuestro tesoro? —preguntó intentando imprimir en sus palabras un tono burlón que Jack no encontró.

Pensó que Kent desconfiaba de él, pero no se atrevía siquiera a querer acompañarle.

—Volveré pronto.

Y salió del puente. Cuando recorrió unos metros se detuvo, temiendo que alguien le hubiese seguido. Si Oor quería que sólo él estuviera allí tendría sus razones.

Descendió hasta el siguiente nivel y se dirigió a la sala donde los robots estaban almacenados. Se detuvo ante la puerta cerrada, recordando las advertencias de Oor.

Lentamente empujó la puerta. El otro lado estaba intensamente iluminado y lo primero que percibió fue el bruñido metal de los robots. Pero ahora no estaban quietos. Se movían, aunque lo hacían muy lentamente, como si se estuvieran despertando de un largo sueño.

Penetró un poco y enseguida vio a su lado a Oor, que empuñaba su láser. Jack se envaró, pero se tranquilizó cuando notó que el iorgoonita no le apuntaba.

Dirigía su arma hacia el interior de la estancia.

Los robots más cercanos estaban a poco menos de diez metros. Súbitamente todos se detuvieron y sus esféricas cabezas giraron sobre sus metálicos cuellos. Parecieron mirarle. Hubo un movimiento de brazos. De sus remos extremos surgieron destellos y asomaron estiletes, aguzadas puntas de metal.

Cuando los robots empezaron a moverse hacia la puerta, a Oor se movió con rapidez, le empujó y cerró la maciza hoja de acero, echando el cierre.

Oor jadeó. El tono de su piel indicó a Jack que estaba pálido.

—¿Qué ha pasado ahí dentro?

—Tenemos que buscar una solución, Jack. O no podremos

volver a Procyon con esta nave. Si lo quieres más sencillo, sin los robots al menos.

—Dijiste que era lo más valioso.

—Sí, eso dije. Pero en la pequeña nave descubrí algo que me hizo temblar. Mira —sacó de su bolsillo pectoral un objeto metálico—. Es como una grabadora. Seguramente fue la mujer que encontramos en el puente. Antes de morir estuvo en el hangar. Tal vez se desesperó por no poder ella sola manejar la navecilla de salvamento y escapar.

»Pero allí dejó grabado un mensaje, aunque creo que no tenía ninguna esperanza de que alguien lo oyera alguna vez. Luego regresó al puente, dispuesta a morir.

—¿De qué murió?

—De vieja, de soledad. Era la única superviviente de más de dos mil mhurgos —asintió Oor—. Sí, ya no hay la menor duda que esta nave fue construida en Mhurg.

—¿Por qué estaban activados los robots? ¿Lo hiciste tú?

—¡De ninguna manera! Debieron activarse cuando restablecimos la energía en este sector. Reciben su fuerza vital mediante energía radiante. Algo escandalosamente caro, pero muy limpio y eficaz. Pese a todo, creo que poseen unos acumuladores fabulosos y ahora están almacenando fuerza para actuar durante… —Movió la cabeza—. No lo sé. Pero sí por mucho tiempo.

—Pero no veo aún…

—Esos robots son peligrosos. Ven. Volvamos al puente y allí contaré todo lo que he averiguado.

Jack parecía preocupado. Miró a Oor.

—¿Estás seguro de que tendremos que dejar a los robots?

—No sé aún lo que haremos. Lo ideal sería arrojarlos al espacio y así conseguiríamos llevar esta nave a Procyon. Pero dudo que…

Jack, ¿es que no te diste cuenta al entrar?

—No te entiendo…

—Los robots reaccionaron violentamente contra ti. Por eso te saqué con rapidez.

—Pero a ti…

—No, a mí no me amenazaron. En la grabación escuché algo que me preocupó. Por eso precisé de tu presencia.

—¿Qué quieres decir?

—Tendrás que escuchar el mensaje de la última superviviente de Burgaoo. —Oor movió la cabeza—. Esta nave tenía otro nombre, pero si no os importa seguiremos llamándola así.

Jack se sintió irritado. A veces el comportamiento de Oor era imprevisible. Cuando una cuestión era importante se ponía a discurrir sobre materias que aparentemente resultaban pueriles.

—Yo votaría por marchamos de aquí inmediatamente.

—¿Sin llevamos siquiera los metales preciosos? —preguntó Jack confundido.

—Además deberíamos cortar el suministro energético. Y cuanto antes.

—¿Porque los robots están en actividad?

—Sí.

Jack se detuvo. Agarró a Oor por uno de los brazos.

—Vas a contármelo todo ahora mismo. No me gustan los enigmas.

—Maldita sea, Jack. No tenemos tiempo que perder. Incluso sería sensato hacer volar esta maldita nave en mil pedazos. —Oor resopló y dijo después de mover las manos nerviosamente—: Sí, es porque los robots están activos. Y no creo que esa puerta de acero sea suficiente para contenerlos mucho tiempo.

—Nunca escuché que se hubieran construido robots asesinos en ninguna parte de la galaxia…

—Y tampoco has oído hablar de robots que se hayan vuelto locos, ¿no?

Oor había empezado a ascender por la rampa en dirección al puente. No parecía tener muchos deseos de dar explicaciones. Se volvió ligeramente hacia Jack y le dijo:

—Si tienes confianza en mí, hazme caso, amigo.

—Lo difícil será convencer a Kent Freeman y a Claire Seelye.

Escucharon pisadas del otro lado de la rampa. Se detuvieron y Jack lanzó una exclamación de sorpresa cuando Rosa Checa apareció corriendo. Al verles gritó y se dirigió a ellos.

Jack la sostuvo por los hombros. Se preocupó al hallarla tan pálida.

—¿Qué sucede? —preguntó.

—Es Kent… Te estuvo escuchando por el comunicador de Oor. Pareció volverse loco cuando estabais hablando de abandonar la

nave…

Oor alzó su comunicador, lanzó una imprecación en su gutural lengua y lo desconectó.

—Tal vez sólo ha escuchado algo y nos ha malinterpretado…

Rosa negó con la cabeza.

—No podremos entrar en el puente; lo ha sellado.

—¿Qué dices?

—Y ordenó a Claire que cortase el aire a estas secciones. —Rosa, después de un jadeo, añadió—: Jack quiere matarnos y Claire parece entusiasmarse con esa idea.

CAPÍTULO IV

—Siempre pensé que Kent era un tipo inestable —dijo Oor.

—El aire no durará mucho —dijo Jack—. Tendremos tiempo de llegar hasta la entrada del puente y convencer Kent.

—¿De qué tienes que convencerle? —le interrogó Rosa. —¿Es cierto que habéis decidido dejarlo todo, despreciar las riquezas de esta nave?

Jack se sintió confundido. Miró a Oor y replicó:

—Él te lo explicará. Al parecer ha descubierto algo muy peligroso en esta nave.

Rosa suspiró.

—De todas formas estamos perdidos. Kent quiere volver Procyon sin nosotros y piensa matarnos por asfixia. Y será pronto, porque no esperará a que el aire se nos acabe, sino que lo extraerá y en unos minutos dejará esta sección sin atmósfera. Luego arrojará nuestros cuerpos al espacio y dirá que sufrimos un accidente.

—Seguro que todo el mundo le creerá —graznó Oor—. Vuelven ricos será fácil para ellos que los jueces de Procyon firmen lo que les parezca. Nadie nos echará de menos Jack tomó el comunicador de Oor y después de conectarlo, dijo:

—Kent, soy Jack. ¿Qué sucede? Rosa está con nosotros y nos dirigimos al puente. Queremos hablar contigo tranquilamente. ¡Kent! Llamando a Kent. Soy Jack.

Se volvió para mirar a sus compañeros con desaliento. —Es inútil —dijo devolviendo el comunicador a Oor—. No quiere escuchamos —sopesó su láser—. Intentaremos echar abajo la puerta del puente.

Oor movió negativamente la cabeza.

—No tendremos tiempo —abrió la boca, jadeante—. El aire está siendo aspirado.

—Regresemos al *Trade Planet*, rompamos los anclajes y…

—¡No! Para llegar a la esclusa tenemos que cruzar los niveles sin oxígeno y los trajes están en el puente —exclamó Oor.

Jack y Rosa se miraron desalentados.

—Oor —dijo Jack ansiosamente—. Tú dijiste que había un hangar con un par de navecillas de salvamento…

—Cierto —asintió con vigor el iorgoonita—. Una funcionaba perfectamente, incluso su sistema autónomo de aire. Allí podremos escondemos hasta que lleguemos a Procyon. —Soltó su peculiar risa —. Ese hijo de zorra de Kent se llevará una sorpresa cuando nos presentemos ante él, acusándolo de asesinato.

—Indícanos el camino —apremió Jack.

* * *

Corrieron con dificultad por el pasillo, largo y que se curvaba al final. El aire era cada vez más débil y por un momento Jack temió que el hangar que Oor había descubierto estuviese demasiado lejos y no pudiesen llegar a él.

—Está cerca —jadeó Oor como si hubiera adivinado los temores de Jack—. Apenas a la vuelta y…

El ser de Antares se calló. Estaba medio vuelto y sus ojos miraron por encima de los hombros de Jack, quien se sobresaltó al verle aferrar el arma.

Al girarse, Jack descubrió que por el fondo del pasillo había aparecido un robot. Avanzaba hacia ellos lenta pero decididamente, balanceando sus dos largos brazos terminados en las hojas de acero.

Algo pareció indicar al robot la presencia de los humanos y aceleró su caminar.

Oor le apuntó con su láser y disparó El fino dardo de luz dio de lleno en el acerado pecho del robot. Por un momento, el ser mecánico vaciló, pero continuó su avance. En el lugar del impacto había aparecido una ligera melladura.

Rosa abrió la boca entre asustada y llena de asombro. No había sido informada de la reactivación de los robots, pero tal vez sus conocimientos sobre robótica hacían que la agresión de Oor careciese de lógica.

Pero cuando Jack amartilló su arma y disparó contra robot,

alcanzándolo en una de las piernas certeramente, desistió de preguntar por qué parecían sus compañeros tan asustados ante la presencia del ser mecánico.

El disparo de Jack había destrozado la pierna izquierda del robot y éste cayó pesadamente en el pasillo. Pero habían aparecido dos más y Oor gritó que debían alejarse de allí rápidamente.

La entrada del hangar, tal como había predicho, estaba a otro lado del pasillo.

Con grandes dificultades a causa del aire cada vez más enrarecido, entraron y Oor intentó que la compuerta se cerrase. Pero al parecer el mecanismo estaba averiado y desistió.

Había dos naves de unos treinta metros de eslora, doradas y apoyadas sobre los deslizadores sujetos sobre sendas catapultas. Oor señaló una de ellas. Evidentemente, la otra mostraba indicios de estar fuera de uso.

Cuando Jack entraba en la navecilla, cerrando tras de sí la oval puerta, los dos robots hacían su aparición en el dintel de la entrada del hangar. Al escuchar el seco chasquido del acero al alojarse herméticamente en el marco, respiró aliviado.

Pero dentro de la nave de salvamento el aire seguía siendo escaso. Se arrastró por el pasillo central hasta la pequeña sala de mandos. Allí ya estaba Oor y Rosa, sentados en sillones. El humanoide trasteaba entre los controles. A los pocos segundos, Jack notó que el aire era más puro y durante un rato estuvo recobrándose, respirando ansiosamente.

Soltó una risa nerviosa y acarició la mejilla de su compañera. Luego se asomó a un ojo de buey y observó a los dos robots, que seguían junto a la entrada del hangar.

—¿Qué hacen ahora?

A su pregunta, Oor replicó:

—Han perdido vuestro rastro. Deben tener una especie de olfato.

Rosa miró a Oor desafiante.

—¿Por qué sólo nuestro rastro? ¿Es que tú careces de algún olor determinado?

Oor movió la cabeza con paciencia.

—Así es. Están acondicionados para detectar a los humanos, y concretamente, a los varones.

Jack entornó los ojos, mirando con cierta simpatía a Oor.

—¿Insinúas que tú no corrías peligro alguno?

—Así es. Y tampoco Rosa. —Se apresuró a añadir—: Pero no me des las gracias. No iba a dejarte allá fuera. Necesito alguien que me ayude a pasar unas horas de soledad. Recuerda que la charla de las mujeres me aburre.

Agregó una carcajada y Rosa, que conocía el tipo de bromas que esporádicamente solía usar el iorgoonita, se encogió de hombros.

Jack seguía mirando a través del ojo de buey. A los dos robots se habían unido tres más. Estaban dando unos pequeños pasos, como si quisieran palpar en el aire el rastro de Jack.

Súbitamente, Jack palideció. Ellos habían cerrado la sólida puerta de acero y sin embargo, los robots habían salido de la estancia que parecía ser su almacén. ¿Qué medios habían utilizado para escapar del encierro? Si habían usado algún tipo de fuerza, lógicamente debían ser capaces de penetrar en la navecilla cuando por algún medio supiesen que su presa estaba en el interior.

La pregunta era: ¿Cuánto tiempo les quedaba de seguridad?

Claro que si Oor tenía razón y sólo era a él a quien pretendían atrapar los robots, el humanoide y Rosa no tenían que preocuparse, al menos en lo que concernía al peligro robótico.

Pero ¿estaba Oor en lo cierto? ¿Cómo podía saber que sólo a él, por ser varón y humano, buscaban los robots?

¿Por qué?

Aquello era una locura. Se pasó la mano por la frente sintiéndola húmeda y fría. Miró a Oor, que en aquel momento le hizo una señal para que se acercase.

—Ese maldito Kent ha debido localizamos aquí, en esta navecilla. Nos llama por el comunicador. —Oor parecía indeciso—. ¿Qué hacemos, Jack? ¿Contestamos?

Jack se encogió de hombros.

—Si tú dices que él sabe que estamos aquí… ¿Qué más da? Tal vez haya reconsiderado su actitud…

Pero sabía que Kent no se volvía atrás en sus decisiones. Lo que le molestaba era que Claire estuviese de acuerdo con Kent en liquidarlos a todos. ¿Acaso Claire ya no sentía por él nada? A veces el amor se transforma en odio y ella debía estar disfrutando ante la posibilidad de que el hombre que había amado estuviese a punto de morir. Era una forma de vengarse.

Por el comunicador de Oor salió la voz de Kent. Todos pudieron notar que no estaba tranquilo.

—… Quería ver cómo moríais y os estuve siguiendo por el visor. Admito que habéis ganado algún tiempo, pero lamento deciros que vuestra suerte está decidida. Lo siento, pero no puedo permitir llegar a Procyon con vuestra presencia.

Jack arrebató el comunicador de entre las manos de Oor.

—Escúchame. Podemos olvidar esto y…

—No pierdas el tiempo —replicó Kent—. Es imposible que me vuelva atrás…

Jack se mordió los labios. Kent decía que les había estado siguiendo por medio de monitores de televisión. Recordó que había un bloque de ellos en el puente, pero nunca pensó que aún funcionasen. ¿Y los robots? ¿Es que aún no sabía que al reanudarse la energía de aquel sector los seres mecánicos habían vuelto a su vida artificial?

Kent podía estar en el mismo peligro que él. Apretó con fuerza el comunicador. Por el rabillo del ojo observó que más de una docena de robots caminaban cimbreantes hacia la navecilla. Su aspecto era decidido y amenazador.

—Os tengo reservada una sorpresa —rió Kent—. He tenido tiempo de averiguar algunos secretos de estos mandos. Dudo que esa nave en la que os habéis refugiado esté en condiciones de volar. De todas formas, ¿os gustaría averiguarlo?

Y por el ventanal de proa vio entonces Jack que la alargada compuerta de salida del hangar se abría: Por la abertura asomaron las estrellas. Sorprendido, se volvió para echar un vistazo por el ojo de buey. El resto del enrarecido aire armaba un ligero huracán al escapar por la abierta esclusa.

Vio que los robots se tambaleaban a causa del viento, pero siguieron avanzando.

—¿Qué pretende…? —empezó a preguntar Rosa.

—¡La catapulta! —gritó Oor, saltando en el sillón.

Aferró a Jack por un brazo y lo arrojó sobre un sillón vacío.

Apenas un segundo después, la navecilla fue lanzada al espacio. Cruzó como un rayo la esclusa y hundió su aguda proa en el vacío.

Jack apretó los dientes y sintió todo su cuerpo dolorido La postura en que había caído en el sillón no era la más correcta para

soportar el brutal acelerón.

Cerró los ojos y se desvaneció.

Los abrió y vio delante de él a Oor y Rosa, ambos con aire de preocupación.

—¿Qué sucedió? —preguntó Jack.

Kent puso en funcionamiento la catapulta desde el puente y nos echó de la nave mhurgo —explicó Oor.

—¿Dónde estamos ahora?

—No estoy seguro, pero si lejos de nuestra ruta. Hace unos minutos que perdimos en los detectores de popa al *Trade Planet* y la nave de Mhurg.

—Dijiste que esta pequeña nave funcionaba… —Y funciona, pero aún no estoy familiarizado con los mandos —dijo Oor, sentándose de nuevo en el asiento del piloto—. Descansa un poco y luego discutiremos lo que haremos.

Jack dirigió una mirada de agradecimiento al iorgoonita. Sabía que le debía la vida. Si no le hubiese colocado en sillón a tiempo ahora sólo sería una masa de carne pegada e una pared.

Rosa se arrodilló a su lado. Le tomó las manos y las besó. —Ha sido horrible, Jack —susurró.

—Saldremos de ésta, cariño; no te inquietes.

Ella le sonrió.

—Me siento lastimada. Claire reía mientras Kent explicaba lo que pensaba hacer. ¡Esa zorra! Fue ella quien me echó del puente. Dijo que corriera junto a ti y que reventase a tu lado. Sabía que Claire me odiaba, pero no hasta ese límite.

Jack le acarició el cabello, en silencio. Tampoco él podía suponer tanto odio en Claire. ¿Cómo había podido amarla un día, estar loco por ella? Pero debía recordar siempre que en su actitud había influido la postura de Kent y la fabulosa fortuna que suponía el hallazgo de la nave de Mhurg.

—Ya sé cómo manejar este trasto, amigos —exclamó Oor, alborozado.

—¿Y qué hay de llegar a Procyon antes que Kent?

—Olvida eso. Viajaremos a un tercio la velocidad de la luz.

Jack abrió los ojos. —Eso supone…

—Exactamente, diez días de navegación. O tal vez veinte, si no nos perdemos. Los instrumentos de a bordo no son precisamente los

más indicados.

—¿Qué posibilidades reales existen de llegar a Procyon? —inquirió Jack, presintiendo que Oor parecía querer aparentar una seguridad que tal vez no sentía.

—Digamos que un sesenta por ciento, pero para mí, ese margen es más que suficiente —rió orgullosamente—. Aunque la navegación estelar llego tarde a Iorgoon, mi raza son los mejores navegantes.

Jack se dijo que así podían ser considerados los iorgoonitas que se habían sentido atraídos por los viajes estelares. Al menos, Oor era el mejor piloto que había conocido.

—De todas formas —siguió diciendo Oor—, Kent y su compañera se sorprenderán mucho al vemos llegar. Ellos creen que se han librado de nosotros cuando nos catapultaron al espacio.

—Kent se arrepentirá de semejante error.

—Seguro, amigo. Rosa, en la última cabina encontrarás unas raciones deshidratas. El agua aún seguirá potable y podremos comer algo dentro de poco. Quiero que calcules para cuántos días tendremos comida. No será un sabroso filete de piorteno, pero al menos no nos moriremos de hambre.

Rosa salió del módulo de mandos. Entonces, Jack se acercó a Oor. Después de sentarse a su lado y observarle uno instantes cómo manejaba los mandos de la pequeña nave dijo:

—Hablaste de unos registros, de una especie de mensaje que la última superviviente mhurgo dejó grabado. ¿Era en esta nave?

—Desde luego. Ten un poco de paciencia y dentro de un poco lo escucharemos de nuevo. Te llevarás sorpresas. Y ninguna agradable.

CAPÍTULO V

Cuando el mensaje terminó, Oor cerró la conexión y miró a los dos humanos.

Rosa estaba pálida y comentó en un susurro:

—Kent lleva a bordo una bomba.

Oor asintió.

—Sí, y tal vez, en estos momentos, ya la haya depositado en Procyon Il.

Jack movió la cabeza con desesperación.

—Kent debió haberlo sabido. Creo…, creo que él no hubiese actuado como lo ha hecho.

—Ya es tarde y nada sacaremos con especulaciones —Oor se restregó las manos pensativamente—. Viven unos doscientos mil seres en la ciudad cercana al astropuerto donde la Compañía tiene su base. Será horrible…

—Me pregunto si… —Jack entornó los ojos—. Tal vez no lleguen nunca a Procyon.

—¿Por qué? —le preguntó Rosa.

—Los robots. Eso es. Ya vimos que una puerta de acero no fue capaz de detenerlos. Durante los dos días que necesitará el *Trade Planet* en remolcar a la nave Mhurgo esos asesinos de metal pueden penetrar en el puente de mando y acabar con los dos traidores.

—En todo caso sólo con Kent Freeman —le recordó Oor.

—Tienes razón: A Claire no le harían nada. Pero eso suponiendo que Kent no se haya dado cuenta de lo que lleva a bordo. Puede desactivar a los robots cortando el suministro de energía…

—No olvides que disponen de acumuladores.

—Lo tengo presente. Pero no han tenido tiempo de tomar mucha energía.

—No confiemos en nada optimista, amigos —suspiró Oor—.

Consideremos que todo está en nuestra contra y los robots desembarcarán en Procyon.

—Pueden destruir la ciudad, acabar con miles de seres.

—Seres varones —añadió Oor—. La maldición de Mhurg ha despertado y caerá sobre una triste colonia como la de Procyon.

Jack jugueteó con la máquina reproductora, con la cual habían escuchado el mensaje de la última superviviente de la nave mhurgo, una anciana mujer llamada Elmerga.

—Ahora sabemos lo que sucedió en el legendario Mhurg —dijo Jack.

—No hemos sido muy afortunados, en realidad, tropezándonos con esa maldita nave —dijo Rosa—. Fue un hecho que sólo puede suceder una vez cada un millón de años. Si esa nave hubiese seguido su lento caminar por el espacio tarde o temprano habría caído en un sol.

—Pero no ha sucedido así —replicó Oor—. Y lo peor aún no os lo he dicho. Me temo que ese tipo de robots puede autorepararse e incluso construir congéneres suyos apenas dispongan de material.

—Y en Procyon II, concretamente en la ciudad de Laskae, eso es lo que abunda —rezongó Jack.

Aquella noche eligió un camarote para dormir solo. No le apetecía la compañía de Rosa con quien se disculpó valiéndose de una excusa que ella no creyó, pero que en cambio, comprendiendo su estado de ánimo, simuló admitirla.

Jack había vuelto a escuchar de nuevo el mensaje póstumo de Elmerga, cuando ya era el único ser viviente de la nave. Todas sus demás compañeras habían muerto de tristeza y vejez, impotentes por detener la masacre que habían sido obligadas a presenciar.

El sueño llegó a Jack y durmió un rato. Le atormentaron pesadillas, la presencia de sangrientos robots, de miles de ellos que invadían ciudades y perseguían a los hombres, mientras las mujeres y sus hijos chillaban de horror.

Se despertó varias veces, sudando. Encendió un cigarrillo de los pocos que le restaban y fumó pausadamente. Cerró los ojos e intentó rememorar lo sucedido en la nave que Oor había bautizado con el nombre de Burgaoo.

Mhurg había sido un planeta feliz, rodeado de comodidades para sus habitantes. Pero la población creció desmesuradamente y los

alimentos escasearon porque la tierra fértil se agotó.

Cuando la situación se hizo insostenible, los más decididos mhurgos planearon construir una nave que les permitiera escapar del caos. Una parte del gobierno creía que aún el planeta podía salvarse siempre que la población fuese nivelada en un número tolerable.

Algunos científicos idearon un plan. Era sencillo y brutal al mismo tiempo.

Hombres o mujeres debían ser esterilizados, para que durante unos años no creciese la población. Entonces se reacondicionaría la tierra laborable y no volverían a cometer el error de dejar en las manos de los torpes robots el cuidado total de la producción de alimentos.

Pero en Mhurg se había extendido un pensamiento filosófico basado en una total libertad. La población se negó en redondo a dejar que sobre ella se llevasen a cabo prácticas de control de natalidad.

Ante tal situación, los dirigentes mhurgos lanzaron al espacio en secreto la nave estelar recientemente construida. Unos cientos de personas entre científicos y dirigentes, se dirigieron a un lejano planeta. Allí, con medios suficientes, diseñaron un robot casi perfecto, mucho más sofisticado que los millones que hacían placentera la existencia en Mhurg.

Anularon las barreras cibernéticas que impedían a los robots hacer daño a sus creadores. Un nuevo cerebrotrónico se alojó en las cabezas de acero del nuevo modelo de robot.

Eran unos robots que no admitían órdenes y llevaban insertados en sus cerebros una misión específica: esterilizar a toda la población masculina. Todo se previó. Los robots serian prácticamente indestructibles, lo cual hasta cierto punto no era vital porque los bucólicos habitantes de Mhurg repudiaban toda clase de violencia. Tales robots disponían de medios para anestesiar a sus víctimas y practicarles en unos cortos minutos una perfecta operación de vasectomía. Esterilizados los hombres, durante años no nacerían niños en Mhurg.

Pero pasado un tiempo y restablecido el equilibrio entre población y producción alimentaría, los genes conservados previamente, serían utilizados para fecundar a determinadas

mujeres para estar siempre a nivel adecuado la reserva genética, cuando llegado el momento óptimo las nuevas generaciones pudiesen llevar a cabo el nacimiento normal de los nuevos habitantes de Mhurg.

A partir de entonces los robots, según decía Elmerga en su grabación, serían desactivados para siempre. Al parecer esta mujer, que había intervenido en su diseño, preveía la eventualidad de que el control de los robots escapase de las manos de sus creadores.

La población de la nave Burgaoo no pudo evitar que durante el largo viaje a las estrellas, buscando las materias primas escasas, para la construcción de los perfectos robots, el nacimiento de bebés pusiese en peligro la misión. Ellos llevaban consigo los mismos males que estaban poniendo en peligro su mundo y no podían evitarlo. Sus creencias y prejuicios les impedían el control demográfico.

Años más tarde, cuando la nave emprendió el regreso a Mhurg, los comandantes de ésta decidieron, en asamblea general, que allí mismo debían llevar a cabo el experimento que luego, a nivel planetario, se desarrollaría en toda su plenitud.

Y no podían demorarlo más por razones obvias. La nave no podía contener ya a más seres y aún tardarían varios años en regresar a Mhurg, ya que no podían desarrollar una velocidad muy superior a la de la luz, sino apenas alcanzarla.

Los robots fueron activados y los hombres se dejaron operar. Las primeras operaciones fueron excelentes y los operados se mostraron llenos de optimismo.

Pero la nave cruzó las proximidades de un raro sol rojo de helio y los delicados cerebros de los robots sufrieron una alteración. Cuando apenas el cinco por ciento de la población masculina había sido esterilizada, los robots dejaron de ser delicados en sus operaciones. Incluso no utilizaron tipo alguno de anestesia.

Los hombres huían ante su presencia, pero eran apresados y lo que comenzó siendo una operación brutal, pero soportable aún en cierto modo, se trocó en una espeluznante castración.

Una castración que terminaba de forma mortal. El pánico cundió en la nave.

Algunas armas, pocas porque los mhurgos apenas las usaban, se pusieron en funcionamiento para detener la avalancha de asesinos

mecánicos. Fue inútil porque ni siquiera consiguieron destruir un robot.

Incluso los que primeramente fueron operados satisfactoriamente fueron alcanzados de nuevo y aniquilados.

En poco menos de una semana no quedaba un mhurgo masculino con vida. Entonces los robots dieron su último paseo por la nave y quedaron estáticos al no encontrar ningún ente cuyas especiales emanaciones estimulaban sus actividades asesinas.

El desaliento cundió en las desamparadas mujeres. La nave perdió su rumbo y vagó por el espacio disminuyendo su velocidad hasta quedar en avance de inercia.

Aunque la mayoría de las mujeres eran jóvenes fueron muriendo prematuramente, de desesperación y rabia.

Elmerga y algunas más decididas y que poseían conocimientos suficientes para encontrar el camino de regreso a Mhurg por sólo una vez intentaron animar a sus compañeras para lograrlo. Pero la perspectiva de llevar allí tal amenaza les hizo reconsiderar la decisión y optaron porque la muerte les llegase por el espacio.

Cuando sólo Elmerga quedó con vida, y después de largo estudios para conocer el funcionamiento de una navecilla salvavidas, grabó el mensaje, tal vez pensando que algún día la moribunda nave fuese encontrada y los descubridores lo último que debían hacer era restituir la energía a la nave, que ella, previsoramente, cortó.

Pero enfermó y pese a que había desmantelado parte de una de las navecillas para insuflar más potencia a la otra, no pudo llevar a cabo su postrero intento para regresar a Mhurg y desde allí advertir a la galaxia de la existencia de la nave con su sanguinaria carga.

Elmerga estaba cansada. Durante mucho tiempo había estado ayudando a sus compañeras a arrojar cadáveres al espacia. Ahora ya no tenía fuerzas para cumplir con tal ceremonia con las últimas compañeras muertas.

Se sentó un día en el puente de mandos y allí murió.

Jack apagó el cigarrillo.

La narración de Elmerga había sido demoledora. Aquella anciana nunca supo que mientras ellos vagaban por el espacio, Mhurg había dejado de existir. La sobrecargada población del planeta se devoró ella misma, ante la pasividad de los robots, que

habían sido creados para servirla.

El viento esparció las cenizas de los millones de muertos y las ciudades se desmoronaron. Cuando otras exediciones humanas llegaron a él aún no estaban seguras si aquel mundo arrasado, agotado, había sido una vez el mitológico Mhurg, el planeta de la felicidad.

Agotado, Jack se sumió en un sueño profundo. Y extrañamente, no tuvo más pesadillas.

Cuando despertó unas horas más tarde sabía que la pesadilla iba a vivirla.

* * *

Rosa había preparado el frugal desayuno, compuesto con las insulsas vituallas de a bordo.

—Oor dice que llegaremos dentro de treinta horas a Procyon —dijo ella mientras sorbía una taza de caliente infusión que lejanamente sabía a café.

—Entonces antes de unas diez horas estaremos a distancia suficiente para enviar un mensaje a Procyon —sugirió Jack. —Hace ya tiempo, creo, que Kent ha debido llegar allí.

—No estamos seguros. Nos lleva cierta delantera, cierto, pero gracias a Oor, nuestro viaje no ha durado todo el tiempo que pensamos al principio íbamos a necesitar.

Ella negó con la cabeza.

—No será posible. Oor estaba esta mañana muy irritado.

—¿Por qué? —preguntó Jack, preguntándose cuándo había visto por última vez enfadado a Oor.

—Porque esta maldita nave carece de transmisor de largo alcance.

—¿Entonces…?

—No sabremos nada de lo que pasa en Laskae hasta que lleguemos.

CAPÍTULO VI

Procyon estaba a la vista.

Llegarían a la base, a Laskae, dentro de dos horas. Oor, incansable, seguía pilotando la navecilla con su característica habilidad. Parecía que toda su vida la hubiese estado manejando.

Entonces, Jack Shafer hizo su comentario:

—He vuelto a escuchar la grabación de Elmerga. Hay algo que no comprendo.

El iorgoonita se volvió ligeramente para mirarlo y Rosa contuvo la respiración un instante.

—Elmerga no pudo desactivar totalmente a los robots. Sólo cuando la energía se consumió y ella dejó que llegase de las entrañas inagotables de la nave, esas bestias mecánicas se detuvieron, hasta que de nuevo, cuando nosotros restablecimos la energía, volvieron a funcionar.

—Sí, así fue —gruñó Oor—. Pero no comprendo…

—Un momento. Sin embargo, Elmerga habló en su mensaje que ella y quienes diseñaron los robots prepararon algo, algún dispositivo, para inmovilizarlos en el momento preciso.

Oor pegó un respingo y terminó levantándose del sillón. —Es cierto. Ahora lo recuerdo. Tienes razón, Jack. ¿Por qué los mhurgos no desactivaron completamente a los robots, aunque dispusiesen de reservas energéticas en sus acumuladores? Era lo lógico, viendo cómo estaban asesinando a los hombres.

—La otra noche tuve pesadillas —dijo Jack—. Repasé de forma atropellada el mensaje. Luego volví a escucharlo. Había algo que no encajaba. Elmerga afirmaba que ellos habían preparado algo para controlar a los robots. ¿Por qué temían que escapase a su control? No lo sé. Pero lo extraño es que luego, cuando estalló la tragedia, no usasen ese medio que les hubiera salvado.

Rosa cruzó las manos y apretó los labios.

—Tal vez los robots les impidieron actuar. Posiblemente ese dispositivo o lo que sea no estaba a su alcance y los robots les opusieron resistencia para alcanzarlo.

—Debe ser algo parecido, sí —asintió Jack—. La pregunta es: ¿Dónde diablos estará?

—Posiblemente en la nave, en Burgaoo —dijo Oor.

Jack se volvió para mirar por la pantalla la enorme esfera verde y azul de Procyon II.

—Y estará allá abajo. Lógicamente, en Laskae. Oor bajó la mirada.

—Jack, he estado durante horas intentando comunicarme con la base, con la compañía. Nadie contesta.

—¿Y las otras ciudades?

—Están al otro lado del planeta. No describimos ninguna órbita, sino que descenderemos directamente. ¿Quieres que perdamos algunas horas sobrevolando las otras tres ciudades situadas en el continente oriental?

—No, no. Es mejor ver con nuestros propios ojos lo que ha pasado en Laskae. Cuanto antes.

—Sería aconsejable que tú no bajases de esta nave, Jack.

—¿Por qué?

—Es obvio, ¿no? Ni a Rosa ni a mí nos harán nada los robots. Ellos sólo buscan a los hombres. Si, como nos tememos, han salido de la nave Mhurgo, la base y la ciudad será un caos. Habrá sido una desagradable sorpresa para los colonos, para todo el mundo que habrá acudido al astropuerto a presenciar el insólito hecho de ver descender dos naves unidas, una de ellas desconocida.

—Aún podemos confiar que Kent se haya dado cuenta de lo que llevaba y…

—¿Reaccionado a tiempo? No, no confío en tal cosa. Ken es un imbécil. Si vivió lo suficiente, habrá llegado a Procyon, sin darse cuenta de lo que llevaba. Es posible que la compuerta del puente haya resistido lo suficiente y los robots no le hayan molestado, lo cual les habrá servido como pasaporte para llegar a un mundo donde habrán podido seguir llevando a cabo su mortal cometido.

Rosa suspiró.

—Pronto saldremos de dudas. Jack, Oor tiene razón. Debes ser precavido.

—Ya lo veremos. Esperemos a ver lo que nos encontramos y entonces decidiremos.

* * *

Mientras se aproximaron a la superficie de Procyon, Rosa fue lanzando llamadas a la base. Desde el astropuerto no recibieron ninguna respuesta. Tampoco la sede principal de la Compañía parecía escucharles. Todo estaba en silencio.

Oor aminoró la velocidad y sobrevolaron el astropuerto, que apareció a simple vista, después de cruzar las densas nubes.

—Tendré que arriesgarme a aterrizar sin ayuda —gruñó Oor.

Jack no respondió. Confiaba plenamente en Oor. Minutos después, la navecilla se deslizaba durante algunos cientos de metros por la superficie de cemento del astropuerto. Al fondo se veían algunas naves de transporte, todas ellas grandes y pesadas, cargueros. Dos de las cuales tenían los emblemas de la Compañía y las otras pertenecían a la competencia.

Cuando la navecilla quedó inmóvil, Oor lanzó un gemido y pareció relajarse.

—Bueno, ya estamos —dijo—. Y no veo por ninguna parte al *Trade Planet* ni a la nave mhurgo. ¿Acaso no han llegado aquí y han descendido en otro astropuerto en el continente oriental?

—Allí no existe ninguna oficina de la compañía y Kent apenas conoce los túneles de entrada. Con tripulación al mínimo habrá tenido que usar el computador del *Trade Planet* desde el puente de la nave mhurgo para posarse. O se ha perdido en el espacio, lo cual no lo creo, o aterrizó aquí.

Con los visores exteriores otearon los alrededores.

—Todo está demasiado quieto. No se ve a nadie —susurró Rosa.

—Tenemos que salir —dijo resueltamente Jack, tomando con decisión uno de los láseres.

Rosa le miró preocupada, pero no dijo nada.

Se dirigieron a la salida y Oor abrió la compuerta. El aire cálido y fragante de Procyon les recordó que habían estado respirando una atmósfera no muy agradable para ellos. —Acaba de amanecer y eso será bueno. No me gustaría seguir por ahí de noche, sin saber lo que

realmente ha pasado.

Jack miró a Oor con simpatía. Sabía que el iorgoonita sólo podía temer por él, ya que estaba comprobado que los robots parecían ignorar su presencia, como se había demostrado cuando Jack fue llamado por Oor y éste tuvo que sacarle de la cámara cuando los entes metálicos parecieron volverse locos ante su persona.

Saltaron sobre el cemento y caminaron unos pasos. A lo lejos estaban los edificios administrativos del campo. Y a unos mil metros, el enorme carguero. A su lado estaban las grúas y más allá los camiones medio cargados. Parecía como si el trabajo hubiese sido suspendido inesperadamente.

Había un ligero viento y hasta ellos llegó un olor desagradable. Era un olor que aumentó a medida que se acercaban a los edificios. Entonces vieron los primeros cadáveres.

Estaban descomponiéndose bajo el fuerte sol. Ya sabía a qué se debía el mal olor. Era un olor de muerte.

Rosa apartó la mirada del desagradable espectáculo.

—Mutilados —murmuró Jack. Terriblemente mutilados.

—Ya no tenemos la menor duda que los robots salieron de la nave mhurgo —añadió Oor, mirando con recelo los alrededores. Pero ¿dónde está esa maldita nave?

Jack se encogió de hombros. Los edificios estaban cerca.

Había más muertos. Contaron cerca de veinte junto a la entrada. Atisbaron prudentemente por las ventanas y luego Jack, moviéndose pegado a las paredes, penetró en el vestíbulo.

Todo estaba revuelto allí y las paredes tenían señales de impactos de láser.

Al pasar por el comedor lo vieron todo como si hubiese pasado por allí un huracán. Mesas y sillas ofrecían un aspecto caótico.

—Ha habido lucha —comentó Jack—. Un combate precipitado. Los procinitas fueron pillados de improviso, al parecer, pero reaccionaron, aunque ya tarde y sin resultado positivo para ellos.

Oor asintió. Se adelantó y asomó a la siguiente sala, la de espera y oficinas de las diversas compañías comerciales. Dijo sin volverse:

—Todo está igual —enfiló hacia delante el cañón de su arma—. Fuera veo algunos vehículos, Jack. Tal vez alguno funcione y podamos ir a Laskae.

Rosa se estremeció.

—¿Será prudente? Antes deberíamos averiguar lo que pasa en la ciudad desde aquí, sin movemos.

Después de asegurarse que en el astropuerto no había un alma viviente o robot, todos se dirigieron a la cafetería. Allí encontraron en los frigoríficos alimentos y bebidas, que después de la dieta forzada a base de comida mhurgo les supo a gloria.

Pensativo, mientras jugueteaba con unas migajas de pan y bebía el resto de su lata de cerveza, Jack preguntó a Oor:

—¿Cuál es el alcance que los robots disponen para detectar a un humano masculino?

—No lo sé. No creo que sea mucho. Digamos unos dos o tres kilómetros. Pero es una distancia aventurada. Tendría que estudiar un robot.

Jack señaló hacia el exterior a través de la ventana donde estaban sentados.

—Veo el resto de un robot a unos dos kilómetros de aquí, junto a la carretera que conduce a Laskae.

Oor se levantó. El sol hacía destellar el metal. Había un par de vehículos caídos al lado del robot. Dijo el iorgoonita:

—Iré a investigar. —Al ver que Jack empezaba a levantarse, se apresuró a decir—: No, iré solo. Tú estás aquí seguro. Al menos si se acerca un robot podrás verlo tú a él antes que lo tengas encima. Volveré enseguida.

Cuando quedaron solos, Rosa hizo que Jack la mirase.

—De todas formas no podemos quedamos aquí. Iré a la ciudad apenas encuentre un coche que funcione.

—No lo permitiré —contestó él.

—Entiéndelo, Jack. Si Laskae ha sido destruida es posible que en el resto del planeta nada sepan aún. Debemos averiguarlo para dar la noticia a las ciudades orientales, a los demás mundos de la galaxia. Esta amenaza debe ser neutralizada cuanto antes.

Jack cerró los ojos un instante. Sabía que Rosa tenía razón.

—Está bien —asintió—. Pero Oor irá contigo. Él tampoco tiene nada que temer a los robots.

Y miró cómo Oor regresaba al edificio llevando bajo el brazo la cabeza del destruido robot.

La batalla había sido, al parecer, muy desfavorablemente para los humanos. Eran cientos de cadáveres y sólo un robot destruido.

¡Y en la nave mhurgo había más de quinientos!

* * *

Mientras Rosa y Oor disponían un veloz vehículo que habían localizado en buen estado, Jack recorrió, sin advertirlo antes, algunas dependencias de los edificios.

Cuando regresó a la salida, Oor estaba delante del volante y Rosa acudió a él para despedirse, asegurando:

—Volveremos pronto. Debes quedarte cerca del videófono de las oficinas de nuestra compañía. Si es posible, te llamaremos desde la ciudad, comunicándote las novedades. —Jack asintió en silencio y vio a Rosa alejarse en dirección al vehículo con el ceño fruncido. Cuando el coche se alejó por la carretera en dirección a Laskae, respiró aliviado.

No había sabido mostrarse tranquilo durante la despedida y había estado temiendo que Rosa desistiese de marcharse al verle tan poco comunicativo.

Jack regresó al piso superior. Al pasar delante de una puerta cerrada, giró el pomo y echó de nuevo un vistazo al interior de la habitación, que sólo él había visto antes. Allí dentro estaban tres mujeres muertas, destrozadas de igual forma que los demás cadáveres masculinos.

Los robots no se habían limitado a atacar a los hombres.

* * *

Se refugió en las oficinas de la compañía propietaria del *Trade Planet* después de cerrar varias puertas que conducían allí. Si el sueño le vencía, podría descansar relativamente tranquilo. El robot que se dirigiese a él tendría que hacer un gran ruido derribándolas.

Tenía a mano algunos emparedados, botellas de agua y envases de cerveza. No le faltarían cigarrillos tampoco. Sólo desechó del restaurante del astropuerto las botellas de licor, porque temía caer en la tentación y emborracharse.

Sentado en el diván y mirando alternativamente la cerrada

puerta y la ventana por la cual veía caer la tarde, Jack esperaba ansiosamente que el videófono lanzase su aviso de llamada.

Antes de encerrarse había encendido todas las luces que pudo, incluso los poderosos focos del campo y las balizas de la carretera. Al parecer la llegada de los robots debió producirse de día y desde entonces el astropuerto había permanecido en las sombras durante dos o tres noches.

Se despertó y miró la hora. Era, según la hora local, las tres de la madrugada.

Entonces se percató que había despertado porque un sordo ruido procedente del exterior había llegado a sus cansados oídos.

Miró por la ventana, Desde aquel segundo piso podía divisar una gran parte de la carretera y la explanada. Los focos alumbraban una gran extensión y supo que el ruido procedía de los motores de unos poderosos camiones que se habían detenido en el aparcamiento. Y de los camiones estaban descendiendo robots.

CAPÍTULO VII

Jack se apartó de la ventana y se apresuró a apagar la luz de las oficinas. Enseguida se dijo que había cometido un error. Todo el edificio estaba encendido, excepto ahora donde él estaba. Con su gesto precipitado había indicado al enemigo dónde estaba la presa.

Pero enseguida se dijo que aquellos malditos robots no necesitaban de ayuda para saber dónde estaba un hombre. Sus sensibles dispositivos debían estar en aquellos momentos indicándoles que cerca había una víctima.

Tenso, amartilló el láser y miró fijamente la cerrada puerta.

Cuando el videófono lanzó su estridente aviso, saltó como impelido por un resorte. Luego se lanzó sobre el aparato y movió el conmutador, gritando alterado:

—Rosa, Rosa. ¿Dónde estás?

Después de un largo silencio para Jack, del todavía vacío cuadrado visor surgió una voz que al principio no reconoció. —Hola, Jack. Me alegra oír tu encantadora voz.

Y luego una risa. Supo que era Claire Seelye.

—Claire. ¿Eres tú?

En la pequeña pantalla empezó a dibujarse una imagen.

Aunque no le llegaba clara, indudablemente era de la mujer.

—Desde luego. ¿Cómo estás, Jack?

—Bien, bien. ¿Y Kent? —La sorpresa fue dejando paso a la ira, a medida que Jack recordaba que la pareja era la culpable de lo que sucedía—. ¿Qué ha pasado?

—Oh, Jack, no me digas que estás bien porque te veo aterrado, lleno de miedo.

—No es para menos. Han llegado robots. Están fuera.

—Mira, Jack, será mejor que hablemos frente a frente. Te llamo desde el vestíbulo.

—¿Estás aquí, en el astropuerto?

—Exactamente. Te he llamado porque no deseo recibir una descarga apenas me acerque a la oficina.

—¿Cuándo has llegado?

—Deja de hacer preguntas ahora. Estaré contigo dentro de un minuto.

—Pero los robots…

—Olvídalos por un momento. Mira por la ventana y tranquilízate.

Jack lo hizo y vio que los robots estaban quietos alrededor de los camiones.

Respiró profundamente y cuando se volvió hacia el videófono comprobó que la pantalla estaba apagada.

Dos minutos más tarde llamaban a la puerta.

* * *

El primer comentario de Claire al entrar fue:

—Estás muy demacrado, Jack.

—En cambio, tú estás muy bien —respondió él, apresurándose a cerrar la puerta.

Vio cómo Claire paseaba por las oficinas, se acercaba a la ventana y dirigía una mirada satisfecha al exterior. Luego se volvió hacia él, sonriente.

—Tenemos que charlar, Jack.

—Eso deseo. ¿Dónde está Kent?

—Murió. Los robots entraron en el puente y al pobre lo hicieron añicos. Arrojé su cadáver al espacio, como es natural. Eso fue poco después que aquel imbécil tuviera la estúpida idea de catapultaros al espacio.

—Tú suponías que podríamos regresar, ¿no?

—Por el contrario, temí que nunca encontraseis el camino. Jack, nunca he dejado de quererte y nunca deseé que murieras.

—¿Tampoco Rosa?

—Está bien —suspiró Claire—. Es el momento de hablar claro, Jack. Yo induje a Kent para que os matara. Pero tenía pensado que en el último momento, cuando el aire apenas existiera fuera del puente, liquidaría a Kent y te salvaría. Sólo a ti, Jack. Tú habrías

creído que no pude hacer lo mismo con Rosa y ese monstruo.

—Y habría seguido a tu lado, agradeciéndote incluso el poder seguir viviendo, ¿no?

—Ése era el plan. Pero no conté con que los robots volviesen a la vida ni tampoco que Oor hubiese descubierto las naves salvavidas. Cuando os refugiasteis en una huyendo de los robots, me sentí mal. Todo mi plan se había venido abajo.

No pude impedir que ese cretino de Kent os lanzase al espacio. Entonces le insulté. Lo estuve haciendo hasta que los robots empezaron a derribar la puerta del puente. Nos aprestamos a la defensa y creí volverme loca cuando entraron y destrozaron a Kent.

»Yo les disparé dos o tres veces, hasta que la carga de mi pistola quedó vacía.

Me vi rodeada de ellos y mi asombro fue enorme cuando se quedaron quietos, mirándome con sus ojos visores. Era como si esperasen órdenes mías.

—Aún no sabías nada. Y nosotros advertimos a Kent que debía escucharnos.

—Yo pensé que era un intento de engañamos, Jack. Los robots no me hicieron nada. Incluso parecían respetarme. ¿Por qué? Ya las dos naves se dirigían a Procyon. Me serené y después de arrojar los despojos de Kent al espacio descubrí una especie de biblioteca. Allí estaba el cuaderno de bitácora de la nave y me enteré de todo.

—Oor lo supo porque descubrió un mensaje de la última superviviente de la nave. Se llamaba Elmerga y su cadáver estaba en el puente.

—Exacto. Esa Elmerga tenía un brazalete. —Claire adelantó su mano derecha y un aro de metal dorado brilló—. Éste exactamente. Parece que es un distintivo de superioridad. Una vez conocidos los hechos ocurridos en la nave Mhurg, pensé que las cosas no estaban tan mal.

—¿Acaso con ese brazalete se puede desactivar a los robots? —preguntó Jack con ansiedad.

—No. También leí que los mhurgos tenían algún medio para inmovilizar definitivamente a los robots, aunque estuviesen repletos de energía. Pero aún no he averiguado lo que es.

—Entonces, ¿para qué sirve ese brazalete?

—Lo construyó esa mujer llamada Elmerga. ¿No dijo en su

mensaje que pensaba disponer una navecilla de salvamento para escapar y advertir de lo que sucedía? Pues bien, ella tuvo una idea. Podía dominar a los robots, hacerse obedecer. Pero la acción del brazalete es limitada sólo a unos cien o doscientos metros cuando se contradice los mandatos insertos en sus cerebros positrónicos. En cambio, cuando la orden está de acuerdo con dichos mandatos, pueden ser obedecidas las órdenes a miles de kilómetros.

Jack echó un vistazo a los robots que permanecían vigilantes en el exterior.

—¿Por eso no me atacan?

—Así es. Ellos saben que tú estás aquí. Y sólo porque yo lo impido, no suben.

—¿Cómo has averiguado que estaba aquí?

—Desde la ciudad vi que las luces del astropuerto se encendían, lo que no ocurre desde hace cuatro noches.

—Muy sagaz y muy estúpido por mi parte.

—¿Dónde están Rosa y Oor?

Jack se tensó. Claire no sabía que sus compañeros habían ido a la ciudad. Aquella ventaja podía ser decisiva.

—No lo sé. He venido solo.

—Me mientes, Jack. Y eso no está bien.

—Rosa y Oor desembarcaron en el continente oriental.

—No lo creo —dijo Claire.

Y Jack notó que palidecía ligeramente. Sonrió interiormente. Tal vez las cosas no estaban tan mal y aún la batalla no estaba ganada totalmente por Claire.

—¿Qué pretendes, Claire? —preguntó en un intento de desviar la conversación hacia otros derroteros más convenientes para él.

Ella se acercó a él, siempre sonriente.

—Recuperar lo que fue mío: tu amor. Lo que había en la nave mhurgo era una insignificancia comparado con lo que podemos obtener tú y yo juntos, Jack.

—¿Qué podemos obtener, Claire?

—¿Qué existe más importante que la riqueza, Jack?

—Poder.

—Eso es. Tendremos poder, un poder enorme. Dispongo de cientos de robots a mis órdenes. Incluso pueden ser más. En estos momentos se están reproduciendo.

Jack sintió como si le hubieran golpeado en el pecho. Aspiró aire. Tenía que conservar la calma. Presentía que Claire se había vuelto loca o que pese a haber vivido con ella algún tiempo nunca había sabido como realmente era.

—Eso es muy interesante, Claire —susurró, pensando que debía saber todo cuanto pudiera.

—Sí, lo es. Este maldito planeta moribundo será nuestra base de expansión. Si los hombres no quieren perecer a manos de mis robots tendrán que obedecerme ciegamente. Siempre tendrán a mis sirvientes mecánicos a su lado. Me serán fieles si no quieren dejar de ser hombres —concluyó con una carcajada que heló a Jack la sangre en las venas.

—¿Por qué no me cuentas lo que ha pasado desde que llegaste a Procyon?

—¿De veras te interesa? —preguntó Claire insinuante—. Usé el computador del *Trade Planet* para la aproximación. Desde el astropuerto me ayudaron. ¿Sabías que me esperaba un comité de la Compañía? Seguramente los muy cerdos estaban tremendamente contentos, pensando que iban a ganar millones con la traída de esa nave misteriosa.

»Ya entonces sabía cómo dominar en cierto modo a los robots mediante el brazalete. Pero en ese momento, cuando les dejé salir, permití que actuaran libremente. ¿Te acuerdas del gerente, el señor Smith y el director de vuelos, ese borrico de Spencer? Pues fueron los primeros en sentir en sus partes masculinas el acero de mis robots. Luego todo fue una conmoción en el astropuerto. Apenas hubo resistencia.

»Se produjo la desbandada y yo derribé todas las torres de comunicación con el continente oriental. Como bien sabes, Jack, sin el centro de comunicación del astropuerto, Laskae queda aislada.

—Pero no he visto a las naves…

—No perdí el tiempo. Solté al *Trade Planet* y ordené a los robots que reembarcasen. Luego me dirigí a Laskae.

—¿Has descendido en una ciudad con esa mole?

—Es una gran nave, Jack. Fue un salto apenas, de unos veinte kilómetros. La hice descender en las afueras.

—Y luego hiciste que los robots bajasen, ¿no?

—Sí. Pero allí se habían organizado un poco y se defendieron. —

Claire hizo una mueca—. Y así sigue la cosa. Pero ya tengo casi dominada la ciudad. Sólo unos barrios se defienden. Cuando vine aquí dejé ordenado a mis robots Que permaneciesen quietos hasta mi regreso. —Agitó el brazalete—. Sólo por tres horas. Ya han transcurridos dos.

—Quieres decirme que no intente nada contra ti, ¿no? Que si no vuelves, ellos comenzarán el ataque.

—El ataque definitivo, Jack. La milicia de la ciudad apeonas tiene armas, bien que lo sabes. Éste siempre ha sido un planeta pacífico.

—Que tú has convertido en un infierno.

—Rectifica. Será el comienzo de nuestro poder.

—Creí que no disponías de un total control sobre los robots desde tanta distancia…

—Su ímpetu de trabajar sobre los hombres conseguí disminuirlo haciéndoles recordar que otro de sus cometidos el construir más robots como ellos. Ahora están en los talleres trabajando intensamente. Y allí disponen de energía suficiente para abastecerse.

—Todo lo has calculado.

—Exactamente, todo —sonrió orgullosa Claire.

—Excepto una cosa.

—¿Cuál, cariño?

—No estoy dispuesto a ser cómplice tuyo en este asesinato masivo.

Los puños de Claire se crisparon y entornó los ojos.

—Debería dejar que te castrasen, maldito —susurró.

Jack saltó sobre ella y le golpeó en la mandíbula.

La sostuvo para que no cayese. De soslayo vio cómo los robots, en el exterior, se ponían en marcha. Intentó arrebatar el brazalete, pero estaba muy ajustado.

Fugazmente pasó por su mente la idea de cortar la muñeca de Claire.

Los robots estaban entrando en el edificio con rápido pasos. Cuando Jack vio que ninguno quedó delante de los camiones, saltó por la ventana. Cayó cuatro metros más abajo, en la estrecha terraza. De allí se deslizó al piso inferior y luego, de un nuevo salto, se encontró en el pavimento.

Corrió hacia los camiones, hacia la cabina del más próximo.

Al acercarse, la puerta se abrió violentamente y una figura acerada surgió del interior. Jack casi cayó de espaldas, pero mientras lo hacía, disparó su arma. El láser estalló en la achatada cabeza de acero del robot, que saltó en mil pedazos. Pero el engendro mecánico terminó de bajar bamboleante de la cabina y se dirigió hacia él. Jack disparó de nuevo y consiguió que el robot quedase inmovilizado.

Resopló aliviado y mientras entraba en la cabina observó que los robots daban media vuelta y corrían hacia los camiones.

Puso el motor en marcha y quitó el freno. El camión dio un salto y rugiendo enfiló hacia la carretera. Jack no miró de nuevo atrás. Aceleró y encendió las luces. Al fondo del paisaje surgían las siluetas iluminadas de Laskae.

CAPÍTULO VIII

Jack aminoró la velocidad cuando se aproximó a la ciudad.

Terminó frenando al llegar al desvío. Allí partía otra carretera que se dirigía al norte de la ciudad, rodeándola. Se preguntó cuáles eran los barrios que aún permanecían en poder de los humanos. Se llamó estúpido. Debió haberlo preguntado a Claire.

Ahora sabía que si cometía un error al tomar un camino equivocado, corría el peligro de caer en manos de los robots al irrumpir en su zona.

Miró los coches y camiones tumbados en las cunetas. Había algunos muertos.

También descubrió un robot hecho pedazos.

Pero aún había cientos y Claire dijo que se estaban fabricando más.

Pensó en Rosa. El hecho de ser femenina no la eximía de ser atacada por los robots. Aquellas mujeres despedazadas que vio en el astropuerto era una prueba evidente que bajo el poder nefasto de Claire por medio del brazalete, los entes mecánicos se estaban volviendo aún más destructivos que cuando fueron puestos en actividad en la nave mhurgo.

Avanzó despacio en dirección al norte, entrando por aquella carretera. Recordó que había un extenso claro al este de la ciudad, que debió ser elegido por Claire para hacer descender la nave de Mhurgo. Por lo tanto, los procionitas debían haberse retirado a los barrios situados en el norte.

Su pie derecho tropezó con algo duro. Bajó la mirada y descubrió que se trataba de un pedazo de metal, procedente del robot que destruyó. De una patada lo arrojó a un lado de la cabina.

Entonces frenó impulsivamente, de golpe. Una potente luz dio en el parabrisas, cegándolo.

Cuando abrió los ojos las puertas se abrieron con violencia y una

voz ronca le ordenó:

—Baja, amigo.

Lo hizo y la misma voz añadió:

—Has tenido suerte de que te hayamos visto en este camión antes de hacerlo saltar por los aires.

Después de unos parpadeos, Jack vio que se trataba de una partida de hombres y mujeres. Dos de ellos llevaban los uniformes de la milicia de Lakae.

—¿Quiénes sois?

—¡Vaya pregunta! —rió el hombre. Era alto y fornido, con abundante barba negra—. Usas un camión de los robots. Se quedaron con todos los de este modelo en fábrica de repuestos, que al parecer ahora usan para construir algo. ¡Demonios! Llevan dos días trabajando como bestias.

—Están construyendo robots.

A la afirmación de Jack siguió un gemido de sorpresa y maldiciones. El hombre de la barba dijo de mala gana:

—Vámonos de aquí. Tú, Carter, conduce. Los demás iremos detrás.

Un muchacho se adelantó y subió a la cabina. Soltó una exclamación. Se agachó y cogió el pedazo de metal, que mostró asombrado a sus compañeros.

—¿Quién liquidó a ese robot? —preguntó el hombre de la barba.

—Yo —replicó Jack.

—No me gustan los mentirosos. —Se fijó en el arma que Jack llevaba colgada del hombro—. Es un láser vulgar. ¿Por qué has hecho tú lo que nosotros no podemos? ¡Cuesta mucho acabar con un robot!

—Pues yo lo hice, sencillamente. Le pegué en la cabeza a menos de dos metros de distancia.

—Sube —dijo secamente el hombre que parecía mandar en aquel grupo—. Tendrás muchas cosas que explicamos.

Jack subió en la cabina del camión y el hombre de la barba se sentó a su lado.

Los demás estaban apartados y no podían oírles hablar.

—Me llamo Jenkins —dijo el hombre de la barba—. Sé que tú eres uno de esos que viajaban en el *Trade Planet*. No se lo digas a los demás.

—¿Por qué? —preguntó Jack, preguntándose por qué motivo aún no lo había dicho.

—Te matarían.

—¿Qué hay de una mujer y un nativo de Antares III?

—Están bien, en el cuartel general. Los encontró Anne Lou. Tuvieron suerte, porque si son otros no lo habrían contado.

—Pero…

—Silencio —pidió Jenkins cuando dos hombres se arrastraron hacia ellos para acomodarse—. Luego hablaremos.

* * *

Cuando Jack terminó de contar exactamente lo que había ocurrido desde que localizaron a la nave de Mhurg, escuchó el gruñido de Jenkins y un quejido de lord Thomas, el alcalde de Laskae.

—No es el momento para las recriminaciones —dijo lord Thomas mirando ceñudamente a Jenkins—. No podemos acusarles de lo sucedido.

—Estoy de acuerdo con usted, señor —dijo una mujer entrando en la habitación.

—Hola, Anne Lou. ¿Estabas escuchando?

—Sólo pude oír el final, pero ya hace unas horas escuché la versión de Rosa Checa.

Jack se enfrentó a la mujer. —¿Dónde está?

—Bien, pero siento decirle que la llevamos a las escuelas hace poco.

—¿Qué tiene eso que ver?

—Los robots invadieron las calles centrales y han dividido los grupos de resistencia —replicó Anne Lou a la pregunta de Jenkins.

—¿Qué ha pasado mientras he estado fuera? —preguntó el hombre de la barba, volviéndose hacia el alcalde.

Éste se encogió de hombros.

—Jenkins, ya sabes que nuestro principal objetivo es permitir la huida del mayor número de personas a las montañas. Mantenemos abierta una única salida de la ciudad que debemos defender, y también evitar que el enemigo adivine nuestros planes.

—Así es —siguió diciendo Anne Lou—. Disponemos de pocas armas y no podremos defender estos barrios muchas horas. Hemos conseguido que el setenta por ciento de la población haya escapado.

Jack cerró los ojos. Recordó a Claire y la rabia que debía experimentar cuando se recobrase del golpe que él la propinó. Apenas Claire estuviese de nuevo en Laskae ordenaría un ataque masivo con sus robots.

—Tengo que reunirme con Rosa —dijo Jack guturalmente—. Los robots ya no respetan las vidas de las mujeres.

—Lo sabemos por amarga experiencia —respondió Arme Lou—. Pero por el momento no podemos pensar en rescatar al personal aislado en las escuelas. Son unas cien personas. Podrán defenderse, mientras nosotros seguimos manteniendo abierto el camino de huida a las montañas.

—¿Qué hacen que no avisan a las ciudades orientales? —exclamó Jack—. No solucionarán nada escapando a las montañas.

—No tenemos medios. Los únicos comunicadores están en el astropuerto. Tampoco disponemos de naves. Sólo de coches o camiones, pero para ir al continente oriental tenemos que pasar forzosamente por las carreteras del sur, que están en poder de los robots.

Jack se sentó en el borde de la mesa.

—¿Qué hay de esas fábricas donde los robots están construyendo más congéneres suyos?

—Creo que por ese motivo han intentado apoderarse de las escuelas, ya que están relativamente cerca de las fábricas. Desde esos edificios hemos estado espiando a los robots —explicó lord Thomas.

—Claire Seelye no consiguió descubrir el modo que disponían los mhurgos para neutralizar a los robots —dijo Jack lentamente—. Pero estoy seguro que ese secreto permanece en la nave de Mhurgo. ¿Conocen el lugar donde descendió?

—Desde luego. Está al este, a unos tres kilómetros de la fábrica.

—¿Vigilada?

Jenkins se encogió de hombros.

—No lo sabemos —miró fijamente a Jack—. ¿En qué estás pensando?

—Ustedes encuentran dificultades en destruir a los robots.

Pero yo acabé con uno del primer disparo, apuntándole a la cabeza.

—Nosotros también lo hacemos, pero esos malditos resisten a los láseres —mascullό Jenkins.

—Pero recuerde que yo le disparé a unos dos metros, y el impacto resultó eficaz.

—¿Quién se acerca a dos metros de esos asesinos? —rió amargamente Anne Lou.

—Puede ser que incluso a más distancia, digamos cinco o seis metros, el poder del láser sea eficaz.

—El láser dispone de la misma potencia a medio metro que a cien —protestó Anne Lou.

—Pero el efecto radiactivo del disparo no es igual a corta distancia. Y ese efecto debe ser el que altera el equilibrio del cerebro positrónico del robot.

No olviden que los mhurgos tuvieron que recorrer mucha distancia y visitar varios planetas antes de encontrar el raro metal con que construyeron esos endiablados cerebros. Un raro metal al que el poder del láser le afecta considerablemente, pero a mínima distancia.

—Un momento —pidió lord Thomas—. En ese caso no podrán fabricar más robots, careciendo del raro elemento imprescindible para elaborar los cerebros positrónicos, ¿no? —Tal vez se encuentre en este mundo, no lo sé —dijo Jack meneando la cabeza—. O estén dispuestos a prescindir de ese elemento.

Jenkins encendió un cigarro y fumó nerviosamente.

—Bien, Jack. Supongamos que es cierto, que a poca distancia nuestros disparos son efectivos contra esos robots. La cuestión es saber quiénes serán los locos que se atreverán a llevar a la práctica su teoría.

—Por supuesto, yo.

—Pero usted solo no podrá llegar hasta las escuelas —sonrió el alcalde—. Me figuro que todos sus intentos van encaminados a encontrarse de nuevo con la mujer que ama.

—Es cierto, lo admito. Pero al mismo tiempo tengo un plan.

—Siga, Jack.

—Tenemos que simular un ataque contra la fábrica que obligue a Claire a enviar a sus robots a defender la. Tendrá que sacarlos del

improvisado astropuerto donde está la nave de Mhurg.

—Su intención es llegar a esa nave, ¿no? —preguntó Anne Lou.

—Sí. Estoy convencido que en ella encontraremos la forma de salvar a este mundo. E incluso, es posible, a toda la galaxia.

Anne Lou torció el gesto y dijo:

—Jack tiene razón. Si él busca voluntarios ya tiene el primero.

Jenkins gruñó algo entre dientes y agregó:

—Diré a los hombres que existe un plan loco para vencer a los robots. Tal vez consiga convencer a unos cien.

—Con cincuenta serán suficientes —rió Jack.

Jenkins salió de la habitación soltando imprecaciones.

—Si Jenkins lo pide le sobrarán voluntarios —sonrió el alcalde.

—He oído hablar de él en varias ocasiones —dijo Jack.

Al parecer es un cazador de bestias salvajes en los páramos, ¿no?

—Sí. Ojalá no vuelva a perder la cabeza como ayer —musitó Anne Lou bajando la mirada.

—¿Qué ocurrió ayer?

—Los robots mataron a la mujer de Jenkins.

CAPÍTULO IX

Apenas los voluntarios fueron reunidos, Jack Shafer celebró una corta conferencia con los responsables de Laskae. Alguien insinuó que se debía esperar hasta que amaneciese para comenzar el ataque, ya que la oscuridad, obviamente, no podría proporcionarles ninguna ventaja puesto que los robots eran igual de eficaces de día o de noche.

—Pero las sombras pueden confundirles —dijo Jack.

Sus receptores positrónicos no nos ven, sino que nos identifican fotónicamente y por el calor que irradiamos.

Anne Lou empezó a mirarle ceñudamente.

—Entonces podemos desorientarles emitiendo calor y lanzando contrastes de luz y sombras.

—Eso es —asintió Jack—. Al menos eso pienso; pero el problema es que si nos equivocamos no podremos rectificar —miró a los voluntarios. Eran sesenta, entre hombres y mujeres y debidamente armados—. Recuerden que para destruir un robot debemos permitir su acercamiento hasta unos cinco o seis metros si queremos que nuestros disparos láser sean efectivos.

Jenkins añadió:

—Los robots tienen que acercarse a una persona para matarla. —Al decir esto palideció y Jack recordó que la esposa de Jenkins había muerto el día anterior, seguramente terriblemente mutilada —. Entonces se inclinan y acercan al abdomen sus garras erizadas de estiletes. Una vez conseguida esta posición su velocidad es enorme. Antes de tres segundos pueden castrar a un hombre. —Aspiró aire y agregó—: A una mujer se limita a penetrarla con sus aceros que poseen unos veinte centímetros de longitud.

Rápidamente, tomando su arma y dirigiéndose a Jack, dijo nerviosamente:

—Cuando quieras podemos empezar. ¿Conoces la ciudad?

—Perfectamente —respondió Jack—. Antes de cambiar de vivienda vivía con Rosa en una casa cercana a las escuelas.

Jenkins asintió vigorosamente.

—Pasaremos por la escuela y rescataremos a tu chica.

—Gracias.

Tal como habían convenido, salieron en grupos de veinte.

Jack iba al frente del suyo y Varios hombres portaban lámparas solares con láminas de acero que bailaban delante de la luz. Se dirigieron por la avenida principal. El grupo que mandaba Jenkins se desvió por la callejuela lateral, a la derecha de Jack, mientras que el de Anne Lou se rezagó. Ella y sus voluntarios estarían siempre dispuestos a acudir en ayuda de la avanzadilla que necesitase ayuda.

En la avenida lucían unas pocas luces. La mayoría habían sido destrozadas por los disparos. Jack descubrió varios cadáveres y procuró no fijar su mirada mucho tiempo en ellos. El espectáculo era demasiado repulsivo. Algunos coches y camiones estaban cruzados en la calzada o empotrados en escaparates y fachadas.

Vieron dos robots caídos. Ambos tenían destrozadas las cabezas de acero, pero sus largos brazos apuntaban al cielo, erizados de estiletes ensangrentados.

Jack no supo si la intervención de Claire dirigiendo el ataque de los robots había permitido que la mayor parte de la población de Laskae hubiese tenido tiempo para huir, ya que de haber actuado los seres mecánicos impulsados por sus registros se habrían lanzado a un ataque frontal e ininterrumpido. De haber sucedido lo segundo tal vez la matanza hubiera sido mayor, pero en cambio la destrucción de robots también habría sido más numerosa, ya que los ciudadanos de Laskae disponían de explosivos con los que tenían proyectado derribar algunas casas al paso de los robots.

Pero la dirección de Claire había infundido en los robots la estrategia militar de la que siempre habían carecido.

Se maldijo interiormente al recordar que había dispuesto de la oportunidad de controlar él a los robots si hubiese dejado a un lado sus sentimientos nobles y hubiese destrozado la muñeca de Claire con el fin de arrebatarle el brazalete con el cual los controlaba.

Pero ya no había tiempo para lamentarse. Ahora tenía dos objetivos primordiales que cumplir. El primero era rescatar a Rosa y

a Oor de los edificios escolares. Y luego llegar hasta la nave mhurgo.

Un hombre se le acercó, advirtiéndole:

—Estamos cerca de las calles que controlan los robots. Jack asintió. Hizo que sus fuerzas se dividieran en dos, ocupando ambas aceras de la avenida que estaba a punto de terminar. Pegándose a la pared siguieron avanzando. El mismo hombre, que le seguía, volvió a hablar, susurrándole:

—Están al otro lado, Shafer. Seguro que ya saben que estamos aquí y atacarán de un momento a otro.

—Los que llevan las linternas deben moverlas apenas aparezca un robot —ordenó Jack.

Vio delante de él un extraño calidoscopio de luces y sombras, que se reflejaban en las casas frontales y en los vehículos derribados.

De detrás de dos camiones surgieron los primeros robots.

Eran cinco y caminaron hacia ellos. Pero al llegar a la mitad del camino parecieron vacilar un poco.

Jack quitó el seguro de su láser y apuntó al que estaba a la derecha, directamente a la cabeza. Pero aún estaban a más de veinte metros.

—Están desconcertados —dijo con alegría mal contenida—. Parece que nuestro burdo sistema funciona.

Repentinamente, los robots y varios más que aparecieron, avanzaron con rápidos pasos hacia los milicianos.

Un hombre soltó una exclamación y echó a correr, huyendo. Jack lo maldijo. Si cundía el pánico entre los voluntarios…

Pero los demás mantuvieron el tipo y permanecieron en sus puestos mientras los robots seguían avanzando ominosamente.

Entonces escuchó el siseo de láseres al otro lado de la avenida. No cabía la menor duda que el grupo de Jenkins estaba luchando. Sobre las casas surgieron docenas de destellos de los disparos.

Silenciosamente, los robots estaban ya a menos de diez metros. Sus brazos extendidos mostraban los aceros ennegrecidos por la sangre seca. Jack palideció al contar más de veinte. Y parecían seguir surgiendo más del otro lado de los camiones.

Los entes mecánicos también se dividían en dos filas de atacantes. Donde estaba Jack los robots se aproximaron más pronto.

—¡Ahora! —gritó Jack disparando contra el robot que estaba delante de él y a menos de tres metros.

Su rayo láser le alcanzó en el centro de la aplastada cabeza cuando ya iniciaba la inclinación sobre él amagándole con los estiletes.

La cabeza explotó y el pesado ser de metal cayó al suelo.

A partir de aquel momento en la avenida cundió el caos. Jack se arrojó al suelo y rodó unos metros. Otro robot se le acercaba. Disparó y no le alcanzó. Veía caer sobre él los estiletes y se apartó de un salto. Los aceros trazaron un arco en el aire y velozmente se volvieron contra él. Pero disparó otra vez y en esta ocasión terminó con el robot.

Se incorporó, mareado. Las luces seguían danzando y las fuentes de calor de las lámparas solares parecían ahora no confundir demasiado a sus enemigos. Apretó los dientes cuando vio que un muchacho era herido mortalmente por un robot.

Corrió hacia allí y adelantó el láser.

Pero el robot se volvió rápidamente contra él y movió su brazo izquierdo. El estilete rozó la pistola y Jack estuvo a punto de perderla. Cuando veía llegar el otro brazo armado, disparó.

No dio al robot en la cabeza, sino en el brazo que le amenazaba. El láser destrozó la roma mano y los estiletes se fundieron, pero fue golpeado en el hombro y cayó. Aquello le salvó. Otro robot estaba a su espalda y sintió el frío acero silbar por encima de su cabeza.

Estaba rodeado por dos robots y sintió que la sangre se le helaba.

Tres brazos se movían sobre él e instintivamente sintió un dolor psicológico en sus órganos sexuales.

Vio sombras que se acercaban y parpadeó cegado por los disparos de varios lásers. Las cabezas de los dos robots saltaron hechas pedazos y luego sus pesados cuerpos cayeron sobre el asfalto.

Una figura femenina se inclinó sobre él, le agarró de la mano izquierda y tiró para ayudarle a levantar. Vio la sonrisa seca de Anne Lou.

—Vamos, Shafer. Si quiere seguir con vida no se descuide un solo segundo.

—¿Cómo está usted aquí?

—Vine con la mitad de mis voluntarios apenas escucharon los primeros disparos.

—Pero convinimos que usted quedaría en la retaguardia. ¿Qué pasa con Jenkins y los suyos?

—Oh, no están muy bien, supongo. El resto de mis gentes están con él. ¿Seguimos?

Jack echó un vistazo. Al parecer, la batalla había terminado. Contó más de dieciocho robots aniquilados. Cuando preguntó por las bajas propias le contestaron que habían muerto dos hombres y tres mujeres. Aquello ensombreció su inicial alegría al ver que habían vencido.

—De todas formas nunca hemos conseguido destruir tantos robots por sólo cinco de los nuestros —masculló Anne Lou—. Hasta ahora siempre nos han superado. El porcentaje era de diez humanos por un robot puesto fuera de combate.

—Sigamos —dijo Jack echando a caminar.

Los veinticinco hombres y mujeres le siguieron sin decir una sola palabra.

Jack vio al que había pretendido huir. Al parecer había regresado e intervino en la lucha.

Anne Lou siguió a mirada de Jack y explicó:

—Es un buen chico. Nos topamos con él cuando corría como poseído por el diablo. Le dije que venía con nosotros o yo misma le mataba.

Optó por seguirme y debo confesar que él sólo se cargó a dos robots.

—Todos tenemos flaquezas en algún momento —replicó Jack.

Vio la sombra de los edificios escolares.

—¿Cree que esa arpía de Claire caerá en la trampa y enviará sus robots creyendo que el ataque está formado por más tropas de las que realmente somos, Jack?

—Esperemos que sí —replicó ensimismado, mirando las tenues luces que salían de algunas ventanas de las escuelas.

Anne Lou suspiró y dijo resignadamente:

—Está bien. Venga conmigo y le indicaré un camino para entrar sin riesgos en la escuela. —Le señaló con el índice y advirtió con sequedad—: Pero su chica y los que estén ahí dentro tendrán que acompañamos, Jack. No podemos retroceder y dejarlos en lugar

seguro.

—Sé que nuestra misión es apoderamos de la nave mhurgo —respondió él, enfadado.

Se deslizaron por montones de materiales de construcción, ya que las escuelas estaban siendo ampliadas. Al otro lado de la calle vieron movimientos de robots, pero no parecieron descubrirles.

Jack dejó a varios voluntarios en el exterior de la escuela y luego, con Anne Lou y tres más, saltaron una valla y entraron en el patio.

Vieron un movimiento de sombras en una ventana y Anne Lou gritó, identificándose. Pero en aquel momento de entre los árboles aparecieron unos brillantes cuerpos de metal. Uno de los voluntarios fue alcanzado por los estiletes en la espalda, a la altura de la cintura y se giró gritando. Los estiletes salieron de las heridas y lo ensartaron por el vientre.

Jack saltó y se plantó a dos metros del robot. Disparó su láser con rabia y soltó una exclamación de triunfo cuando la cabeza del robot explotó, rodando sobre el césped aún trinchando a su víctima, que ya había dejado de gritar.

Anne Lou se ocupó del otro robot y Jack acudió en ayuda de otro hombre, que había sido herido en un brazo al intentar escapar. El robot que le perseguía fue abatido al unísono por Jack y una chica voluntaria.

Una puerta de acero se abrió en el edificio. Desde allí les gritaron que entrasen.

Cuando los cuatro entraron, la puerta se cerró de un golpe y Jack escuchó la voz gutural de Oor decir algo incomprensible en idioma iorgoonita.

Se volvió y abrazó al ser de Antares.

—Rosa, ¿dónde está Rosa? —preguntó con ansiedad. Unos brazos le hicieron volverse y cayó sobre los acogedores senos de Rosa, que le recibieron con calor.

* * *

—Estamos perdiendo el tiempo —exclamó Anne Lou despectivamente—. ¿Cuántos hombres y mujeres hay aquí que

puedan seguimos? —Miró a la media docena de personas que aún vivían en las escuelas—. Los que tengan armas que vengan con nosotros.

—¿Adónde? —preguntó una maestra. Parecía agotada y estaba muy pálida.

—A luchar. Ahora nos dirigiremos a las fábricas.

—¡Pero eso es una locura! Todos sabemos que allí están concentrados casi todos los robots —protestó la misma mujer.

Jack tenía sujeta a Rosa por la cintura y explicó:

—Lo sabemos. Pero pretendemos que los robots que vigilan la nave mhurgo, que está posada a poca distancia de la fábrica, acudan a defender lo que por ahora parece ser lo más importante para ellos: la construcción de más robots.

—Será un amargo ataque a las fábricas. Otro grupo también atacará. Luego el nuestro se desviará hacia donde está la nave. Quien no se sienta capaz de luchar puede quedarse aquí o intentar llegar a los barrios del norte. Aún disponemos allí de defensas y tal vez pueda escapar a las montañas. —Sonrió con desprecio—. Pero dudo que consiga siquiera cruzar alguna calle.

Nadie en la escuela optó por regresar y todos se unieron, de buena o mala gana, con el grupo de atacantes.

CAPÍTULO X

La curiosidad de Oor obligó a Jack a contarle a él y a Rosa lo acontecido. Lo hizo de la forma más sucinta. Luego Jack quiso saber lo que les había pasado a ambos desde que abandonaron el astropuerto.

—Nada de particular. Huimos de los robots y conseguimos entrar en la ciudad por una de las carreteras que aún quedaban libres, alcanzando los barrios aún defendidos por los ciudadanos. Luego quedamos aislados en la escuela —dijo Rosa—. La verdad es que ya no teníamos la menor esperanza de salir con vida.

—Siento deciros que aún no estamos a salvo —sonrió Jack tristemente—. Nos queda lo peor.

—Y seguro que será lo peor —dijo Anne Lou acercándose. Se plantó delante de Jack—. Dos oteadores me dicen que la fábrica es una especie de fortaleza. Los robots o Claire, que el diablo lleve a ambos al infierno, parecen darle mucha importancia.

—Sí, al mismo tiempo se la niegan a la nave… Será una suerte para nosotros —sonrió Jack.

Aún faltaban dos horas para el amanecer. La táctica llevada hasta ahora no había resultado mala. Podían desorientar el raro instinto de los robots para localizar la presencia de los humanos, siempre que usasen el calor de las lámparas y las luces y sombras oscilantes. La rapidez de los robots quedaba, mediante estas argucias, reducida y ellos podían acercarse casi impunemente y dispararles a placer.

Miró la hora. Se acercaba el momento en que Jenkins debía iniciar el ataque.

Luego ellos harían lo propio, pero desviándose hacia la explanada donde estaba posada la nave.

Jack sabía desde el primer momento que el cometido de Jenkins era el más peligroso, pero no recordó que éste hubiese manifestado

no estar de acuerdo con su misión. La había aceptado estoicamente, casi alegre por enfrentarse con el peligro más palpable.

—Es la hora —dijo Jack cuando vieron en la noche los destellos de los láseres.

Fue un ataque brutal contra las fábricas. Los robots se les enfrentaron saliendo de los edificios por docenas, lanzándose a la lucha casi con desesperación humana.

Jack, siempre al lado de Rosa, trató de dirigir el falso ataque. De soslayo observó cómo Anne Lou y varios combatientes retrocedían despacio ante el avance de más de una veintena de robots. Los hombres que manejaban lámparas y proyectores de sombras tenían que prescindir de éstas para defenderse ante la cada vez más próxima presencia de los robots.

Al otro lado del edificio de ladrillos y cristal podían presenciarse el fragor de la batalla que estaba sosteniendo Jenkins.

Jack disparó contra un robot que se les acercó entre las sombras y levantaba sus brazos contra Rosa cuando él le destrozó la cabeza.

Gritó a Anne Lou que debían retirarse de allí y proseguir hasta la nave mhurgo. Pero no habían contado con que los robots no se limitarían a defenderse, sino que después de los primeros instantes de confusión se iban a lanzar a un furibundo ataque.

Jack llegó a asustarse al verlos aparecer en gran número.

Aquello no estaba saliendo como habían previsto e incluso el camino que les conduciría hasta la nave de Mhurg podía serles cortado en cualquier instante.

Agarró a Rosa de una mano y echó a correr por una callejuela lateral. Algunos más les siguieron. Al volverse un instante vio que Anne Lou también corría a pocos metros de ellos.

Pero los robots les seguían. Aunque caminaban solamente lo hacían con rapidez y los humanos no conseguían sacarles mucha ventaja.

En una esquina, Jack se detuvo. Dejó que los demás pasaran por su lado. Pero Anne Lou frenó su carrera y se puso a su lado.

—Sigue tú. Yo intentaré detenerlos. ¡Y llévate a Rosa!

—No digas tontería. Sólo tú puedes encontrar la forma de paralizar a los robots si consigues penetrar en esa condenada nave.

Jack movió la cabeza. ¡Demonios, Anne Lou tenía razón!

Dispararon contra el más cercano de los robots, pero los disparos

no le afectaron. Cuando casi lo tuvieron encima, el láser de Rosa lo abatió.

Entonces aparecieron por una calle a la derecha algunos voluntarios. Al frente iba Jenkins. El ambiente se llenó de relámpagos y se produjo una feroz y vertiginosa lucha. Cuando terminó, seis robots estaban destrozados sobre el pavimento, pero dos hombres yacían destrozados, con sus vientres abiertos.

Sudoroso y jadeante, Jenkins se les unió. Dijo con dificultad:

—Seguid vosotros hacia la nave.

—¿Y tú? —le preguntó Jack intuyendo lo que pretendía hacer Jenkins.

—¡Diablos! Os cubriré. Están acudiendo por docenas, cientos. Me temo que han empezado a terminar las primeras unidades y Claire las lanza a la lucha, seguramente para saber qué tal responden sus nuevos esclavos metálicos.

Jack iba a protestar, pero Anne Lou apoyó su mano en el hombro.

—Jenkins tiene razón. Han muerto muchos y no sería justo que ahora nosotros lo estropeásemos todo.

—Hacedlo —dijo Jenkins—. Nuestro ataque al otro lado no fue eficaz y nos hemos tenido que replegar, atrayendo a un montón de robots. Es lógico que ahora os protejamos.

Jenkins dijo a sus hombres que sólo quedasen con él los que Quisieran. Tres se ofrecieron. Jack le estrechó la mano y dijo roncamente:

—No te defraudaré. Acabaremos con esos asesinos de hierro.

—Hazlo por ella —susurró Jenkins. Y Jack supo que se había referido a su mujer, asesinada el día antes.

Cuando reemprendieron el camino hacia la explanada sólo les seguían dos muchachos y tres chicas. Jack arrugó el ceño. Había creído que aún le quedaban más voluntarios. Cruzó su mente el pensamiento de que habían desertado. Pero aquello no importaba ya. Ellos debían continuar.

Cuando doblaron la siguiente calle escucharon los silbidos de los láseres.

Tres manzanas más allá salieron a la explanada. Se detuvieron jadeantes. A unos mil metros de ellos estaba la gigantesca nave mhurgo. Jack se preguntó cómo había sido posible que aquella mole

hubiese descendido en el prado, tan a lo justo de Laskae. Era incomprensible. Pero allí la tenía.

Aquel lugar no disponía de ninguna iluminación artificial, pero estaba amaneciendo y las sombras de la tétrica noche se disipaban.

Vieron perfectamente que junto a la compuerta de entrada permanecían dos robots, montando guardia.

—No puedo creerlo —murmuró Jack—. Sólo dos. ¿Cómo es posible que Claire haya sido tan confiada?

—Seguramente llamó a todos los que había aquí cuando comenzamos a dirigirnos hacia la fábrica —sonrió agriamente Anne Lou—. Aquel lugar es importante para ella porque le permitirá aumentar su ejército hasta hacerlo tan fuerte y numeroso que cuando las ciudades orientales se percaten de lo que pasa aquí no puedan hacer nada.

Jack asintió.

—Sí, será así. Ella quiere, posiblemente, comenzar un ataque por sorpresa cuanto antes contra el resto del continente aislarlo para que no puedan pedir ayuda al exterior.

—Y la base armada de la Federación está a más sesenta años luz. Con suerte y audacia, Claire puede convertirse en la dueña de Procyon. Bien, Jack, ¿qué hacemos ahora?

—La entrada está abierta. Sólo nos impiden apoderamos de la nave la presencia de esos dos robots.

Jack caminó hacia la nave. Rosa le siguió a unos dos metros de distancia y Anne Lou apretó el paso y se puso a su lado. Los demás voluntarios supervivientes avanzaron un poco más alejados.

Los robots sólo se movieron cuando Jack estuvo a media docena de metros de ellos. Seguramente estaban dilucidando sus cerebros positrónicos lo que debían hacer ante la llegada inesperada de los humanos.

Posiblemente tenían órdenes estrictas de su dueña de permanecer allí. Pero sus impulsos primitivos de atacar y castrar a los humanos se impusieron y adelantaron sus brazos erizados de afiladas agujas.

Todos dispararon sus armas. Un robot cayó cuando iniciaba un paso y el otro lo hizo segundos después sobre su compañero.

Jack miró la entrada, iluminada con una tenue luz. Rezó para que dentro no hallasen más robots.

Cuando cruzaron las cámaras de presión y avanzaban por uno de los larguísimos pasillos, escucharon un grito a sus espaldas. Se volvieron justo a tiempo para ver cómo un robot que había surgido por una puerta lateral, hundía sus garras de acero en la espalda de un voluntario. La chica que estaba a su lado se giró y disparó. Pero falló, y el robot movió su brazo. La chica cayó gritando, con la cara destrozada por las afiladas navajas.

Jack saltó y se colocó delante del robot. Tomando su láser con las dos manos disparó, al mismo tiempo que una mano de acero silbó junto a su oreja derecha.

Cuando el robot caía, Anne Lou lo terminó de destrozar con una corta ráfaga de su arma.

—Esto nos enseñará a no confiamos —dijo Rosa después de levantarse de junto a los dos caídos. Movió la cabeza, indicando que no podían hacer nada por ellos—. Sería conveniente dejar a alguien vigilando la entrada.

Jack negó con la cabeza.

—Sería inútil. Las compuertas sólo pueden cerrarse desde el puente de mando.

Quien quedase aquí estaría perdido. Tenemos que llegar a los mandos cuanto antes y aislar la nave. Entonces buscaríamos el secreto de los mhurgos para neutralizar a los robots.

Recordando la situación de los pasillos, Jack guió a sus compañeros lo más rápidamente posible, siempre con las armas dispuestas y observando con recelo cada encrucijada y puertas cerradas.

Pero llegaron hasta el puente de mandos sin más contratiempos. Si había más robots en la nave, éstos no habían tenido tiempo de interceptarlos.

Lo primero que hizo Jack fue cerrar el puente y luego, por medio de los monitores, sellar las compuertas. Al lado de un sillón descubrieron el cadáver momificado de Emerga. Claire se había limitado a arrebatarle la pulsera que controlaba a los robots violentamente y la reseca muñeca estaba partida, pendiendo de unos jirones de tela podrida.

Jack estuvo observando largo rato el cadáver. Rememoró en unos segundos todo cuanto sabía de la tragedia que asoló aquella nave.

Los robots fueron inicialmente incontrolables, pero Elmerga, en su soledad, ideó la forma de controlarlos mediante la pulsera o brazalete. Pero ella dejó grabado un mensaje donde insinuaba que los robots podían ser neutralizados aunque recibiesen energía o dispusiesen de sus baterías a tope. ¿Pero eso lo sabían realmente los mhurgos desde el principio, desde antes que comenzase la matanza de los hombres?

A Jack empezó a dolerle la cabeza. No tenía sentido nada. ¿Por qué los mhurgos no activaron el dispositivo o lo que fuese que neutralizaría a los robots?

Tenía que haber una razón poderosa que se lo impidió. Jack paseó ante la mirada atónita de las mujeres y hombres por entre las consolas del puente. De vez en cuando echaba un vistazo a las pantallas de televisión. Los alrededores de la nave seguían quietos, sin la menor presencia de robots u hombres.

Se detuvo ante el panel de mandos donde había estado sentado el cadáver de Elmerga. Allí pasó aquella mujer sus últimos instantes. ¿Acaso había querido dar un mensaje? Se inclinó sobre la consola. Estaba llena de unos controles que desconocía. No había ningún tipo de letras o escritura en el idioma mhurgo. Allí destacaba una plaza ovalada y roja, rodeada de doce botones amarillos.

Elmerga había intentado primero escapar de la nave en un bote salvavidas, al que acondicionó. Pero desistió, al parecer. Allí había dejado la grabación que ellos ya conocían. Entonces se puso a trabajar y fabricó el brazalete, que se puso.

Pero entonces se sentó en la consola y allí esperó la muerte. ¿O la muerte le sobrevino inesperadamente, cuando estaba dispuesta a hacer algo terminante?

Miró otra vez la serie de botones y entonces notó que algunos estaban hundidos.

Los amarillos formaban un círculo alrededor del ovoidal rojo. El que estaba en lugar correspondiente a las seis en punto había sido oprimido, así como los cinco siguientes. Luego había uno que no y a continuación los restantes hasta tres estaban sin hundir.

—¿Acaso murió Elmerga cuando aún tenía que hundir los tres botones? —susurró Jack—. Pero ella había dejado el situado abajo sin pulsar. ¿Por qué? ¿Qué pretendía hacer y qué demonios es este

panel?

Rosa lo estaba inspeccionando también y se inclinó por la parte posterior.

Desatornilló una plancha y dejó al descubierto un conjunto de módulos. Jack se puso a su lado y fue siguiendo el índice de Rosa, que recorría unos circuitos impresos y terminaban en un cilindro de brillante metal blanco.

—Jack, esto es un detonador —susurró Rosa.

* * *

Anne Lou señaló una de las pantallas de televisión.

Una multitud de robots, tal vez todos los que existían en Laskae, se acercaban a la nave. Al frente de ellos, Claire.

—No podrá entrar —dijo nervioso el voluntario, no muy seguro de sus palabras por el tono que empleó.

Jack no estaba tan seguro. Claire aún guardaba unas cartas ocultas. Vio que los robots se detenían, pero ella seguía caminando hacia la esclusa que momentos antes habían custodiado dos robots.

Rosa aumentó la imagen y el rostro alterado de Claire ocupó casi toda la pantalla.

—Parece que quiere hablarnos —dijo.

Jack se dirigió a la consola de comunicaciones y permitió que Claire les hablase.

—... Será mejor. Abridme de una vez. Quiero hablaros. Sé que estáis ahí dentro.

—¿Estás nerviosa, Claire? —preguntó Jack, aún no muy seguro que la mujer pudiese oírle.

Pero enseguida, por la reacción facial de Claire, supo que ella le escuchaba perfectamente.

Oor, que hasta entonces había permanecido en un raro silencio y siempre se había mantenido alejado de los demás, incluso en las luchas por alcanzar la nave, dijo pausadamente:

—Ella ha adivinado que nos proponemos neutralizar a los robots y está nerviosa.

Jack se volvió al iorgoonita.

—¿Acaso Claire lo descubrió? ¿Quiero decir la forma de dejar

inanimado a su ejército…?

—No lo sé. Pero intuye que nosotros pretendemos hacerlo. De lo que estoy seguro es que ella llegó a la misma conclusión que tú, Jack, pero nunca temió que pudiéramos estar buscando el secreto de Elmerga.

Nervioso, Jack señaló la consola.

—Ahí está el secreto. El único sistema para destruir a los robots es haciendo volar por los aires la nave. Eso no lo descubrió Claire. Pero si nosotros pulsamos los tres botones que restan y nuestras deducciones son acertadas, no sólo volará Laskae, sino que muchos kilómetros a la redonda se convertirán en un páramo radiactivo. Incluso los refugiados en las montañas perecerán.

Oor se acercó y contempló la consola.

—Pero Elmerga dejó un botón sin pulsar. Seguramente estaba decidida a destruirlo todo cuando sintió que la muerte se le acercaba. Posiblemente no pudo hacerlo porque su viejo y sufrido corazón se le detuvo unos segundos ames de terminar la operación.

—Estoy de acuerdo contigo, Oor —admitió Jack—. Pero nosotros no podemos provocar este holocausto.

Oor le miró fijamente.

—¿Estás seguro que existe otra solución? Lamentablemente pienso que no existe otro camino.

—¿Sacrificamos? —preguntó Rosa.

Oor asintió.

—Sí. Y no será una heroicidad. Nosotros estamos encerrados. Ahí fuera nos esperan todos los robots, cientos de ellos. Tarde o temprano, Claire encontrará la forma de entrar y acabará con nosotros.

Les llegó la voz irritada de Claire.

—Sé que estáis dentro. Jack, Rosa y Oorfoo entre otros. Sólo necesito unos instantes para dar con la combinación codificada y abrir esta compuerta. Entonces estaréis perdidos, malditos seáis.

Rosa consultó a Jack con la mirada y éste asintió bajando la cabeza. Dijo:

—Tiene razón. Puede entrar y nosotros no podremos impedirlo, a no ser que… —calló y frunció el ceño. Sonrió levemente—. No contestemos. Creo que todavía Claire puede llevarse una sorpresa desagradable.

Siguieron observándola manipular en el codificador. De pronto, la expresión de Claire cobró una inusitada alegría cuando la compuerta comenzó a abrirse.

En el puente hubo tensión y las dos chicas gimieron. Impasible, Jack mantenía su mano cerca del control a distancia.

Claire lanzó un grito que todos oyeron a través del televisor. Ella entró y un tropel de robots la siguieron. Entonces, Jack echó abajo la palanca y la pesada compuerta descendió como un martillo sobre los primeros robots que entraban.

La hoja de acero aplastó a varios. Tres consiguieron entrar y Claire cayó impulsada por uno de ellos. Corrió y franqueó la segunda compuerta, que descendía también. Logró pasar al siguiente pasillo y desde allí insultó a Jack.

Shafer sonrió. Dijo a sus compañeros:

—Ahora no podrá abrirla, ni siquiera desde donde se encuentra. La primera compuerta ha aplastado a varios seres mecánicos y está atorada. La segunda no se abrirá por lo tanto.

—Pero Claire puede buscar otra …

—Ella sabe que no puede perder tiempo. Desde el interior es más difícil abrir las compuertas teniendo nosotros el control remoto a nuestra disposición.

—Jack suspiró. —Ahora está a punto de comenzar el acto definitivo. Pronto, Claire y los pocos robots que han conseguido entrar con ella estarán aquí. Esperémosla.

Y volvió a estudiar la consola donde muchos años antes muriera Elmerga, la última superviviente de la nave mhurgo.

CAPÍTULO XI

Jack Shafer indicó a sus compañeros que tomaran asiento. Pidió a Oor que le ayudase en las maniobras para elevar la nave. El iorgoonita se colocó en el lugar preciso, pero dirigió una mirada de inquietud a todos y especialmente a Jack.

—¿Estás seguro de lo que haces? —preguntó.

—Creo que sí —suspiró Jack.

Echó un vistazo a los monitores. En una de las pantallas apareció Claire, seguida de varios robots. La mujer tenía la faz descompuesta y llevaba dos armas, una en cada mano.

Jack supo que se trataban de láseres de gran potencia.

Las compuertas del puente no resistirían mucho tiempo el devorador impacto de tales pistolas. Pero confiaba en que sí aguantasen lo bastante para que sus planes pudieran llevarse a cabo.

A Jack le hubiese gustado que el impulso de elevación de la descomunal nave llevase consigo el aplastamiento de Claire. Le hubiera ahorrado muchos problemas, pero sabía que aquel ingenio espacial disponía de giróscopos ultrasensibles y la brutal aceleración no sería apenas notada por Claire.

—Todo dispuesto —anunció Oor.

Shafer apretó los conectadores y sintió una ligera vibración. De nuevo miró a Claire. Había notado el ascenso y se había apoyado contra una mampara, mirando estupefacta alrededor. Los robots apenas si se agitaron unos milímetros.

—¡Cerdo! —gritó Claire—. ¿Qué pretendes?

—Un paseo por el espacio nos vendrá a todos muy bien —replicó Jack, después de tomar el comunicador.

—Cuando entre en el puente con mis robots disfrutaré mucho viendo cómo os destrozan. ¡Sobre todo a esa ramera que tienes por compañera!

—Serénate, Claire —dijo Jack. Inmediatamente tuvo un funesto pensamiento. ¿Acaso Claire estaba haciendo todo aquello porque aún no le había perdonado por haberla abandonado y unirse a Rosa?

Era una locura y decidió que no era el momento adecuado para mezclar en aquella peligrosa situación cuestiones sentimentales.

Vio que Claire se alejaba de la pantalla. Segundos más tarde apareció en otra pantalla. Dentro de poco estaría al otro lado del puente.

—Estamos a dos mil kilómetros de la superficie —anunció Oor.

—Estabiliza la nave. Es suficiente.

Después de hacerlo, Oor preguntó a Jack:

—Para hacer, ¿qué? ¿Para qué es suficiente?

Jack resopló y se acercó de nuevo a la consola que había estado atrayendo su atención. Muy despacio, hundió tres botones amarillos. Ahora sólo quedaba uno por apretar. Se volvió a sus compañeros y después de tomar el comunicador, sabiendo que Claire también le escucharía en su carrera hacia el puente, dijo:

—Elmerga, al igual que todos sus desgraciados compañeros no pudieron utilizar el sistema que habían ideado primitivamente para neutralizar la acción de los robots. ¿Por qué? Su uso implicaba una actitud determinante, definitiva.

Rosa se puso a su lado y se agarró a su brazo, mirando aprensivamente la imagen de Claire en una pantalla, que en aquel momento había llegado al otro lado de la cerrada compuerta del puente de mando.

—Posiblemente —siguió explicando Jack— los creadores de los robots temieron que éstos pudieran desmandarse, pero no previeron que ocurriera tan pronto y mucho antes de regresar con ellos a Mhurg. Debieron pensar que podían dejar la nave orbitando Mhurg y en ella algo que a distancia impidiera a los robots seguir actuando si algo salía mal.

Se volvió para mirar a Claire, que en aquel momento estaba apuntando con sus pistolas la compuerta. Detrás de ellas permanecían los robots. Parecían bestias sangrientas dispuestas a lanzarse al ataque, apenas quedase derribada la barrera de acero que se les interponía.

—Sí, Claire. Los mhurgos nunca anularon la actividad sangrienta

de los robots porque la fuerza generadora y emisiones de impulsos positrónicos emanan de esta nave, alcanzando su poder toda la superficie de un planeta. —Sonrió tristemente—. Mal podías tú conquistar más mundos aparte de éste, ¿no? Pero esto ya no tiene importancia. Lo que debemos evitar es que los que han quedado en Procyon sigan con su criminal misión. Y es lo que voy a hacer, simplemente activando el destructor de esta nave.

Sintió sobre sí las miradas de sus compañeros, mezcla de miedo y asombro. Claire había dejado de disparar sus láseres contra la compuerta por un instante y pareció mirar el objetivo que la vigilaba.

—Estás loco —rió nerviosamente—. No te creo capaz de sacrificarte. Si activas el dispositivo para destruir esta nave morirás. Y también tu amada Rosa, ¿no es así?

—No del todo —Jack movió la cabeza—. Mientras esta nave navegaba sin rumbo ya y los robots masacraban a la tripulación compuesta por hombres, las mujeres trabajaron intensamente. ¿Para qué? Era posible que, además de los dos botes salvavidas que existían, aunque uno no funcionaba, algo se salvase de la explosión. Aún no estaba terminado el proyecto, por lo que las pocas que iban quedando trabajaron intensamente. En alguna ocasión, después de que la paz reinó en la nave cuando no quedó ningún hombre vivo y los robots se reintegraron a su almacén en espera de acontecimientos, el desaliento cundió en ellas y lo abandonaron todo. Seguramente, Elmerga luchó por elevar el estado de ánimo de sus compañeras en varias ocasiones. Cuando apenas quedaban unas pocas consiguieron terminar el viejo proyecto. Entonces, Elmerga quedó sola y consideró que ya nada le quedaba por lo que luchar. No podía volver a Mhurg, pero si pensó, tal vez en un momento de lucidez, que la nave podía ser encontrada algún día y suponer un peligro para sus descubridores. Dejó de trabajar en el pequeño bote salvavidas e incluso desechó la posibilidad de que el brazalete controlador de los robots sirviera para algo. Ella ya estaba sola y el motivo que le impidió actuar cuando estalló la revuelta de los robots no existía.

Jack miró preocupado cómo Claire había reanudado con furia su ataque a la compuerta. Su dedo acarició el último botón amarillo que quedaba por hundir.

Miró unos registros. Apenas quedaban unos segundos para que pudiera apretar el botón amarillo.

—Mientras los robots mutilaban a los hombres, con la consiguiente muerte de éstos, era inverosímil pensar en destruir la nave para impedir la matanza.

Luego, a solas las mujeres, el peligro cesó. Pero cuando Elmerga presintió que la muerte estaba cerca, decidió abandonar todos los proyectos intermedios y destruir la nave —señaló los botones de la consola—. Estaba haciéndolo cuando le llegó la muerte. Le quedaban tres botones para apretar, que yo ya he hecho.

—Pero aún queda el doceavo —dijo Rosa.

—Eso es. Es el que hará que esta nave se desintegre un minuto después.

—¡No serás capaz de hacerlo, Jack! —le gritó Claire desde la pantalla.

—¿Por qué no lo haré, Claire?

—Aún podemos llegar a un acuerdo. Os respetaré la vida.

De pronto el rostro contorsionado de Claire se iluminó—. Escuchadme. No debéis olvidar que aquí a bordo existe un gran tesoro. Os lo regalo. Incluso os dejaré una nave para que huyáis al otro lado de la Galaxia….

—Es inútil, Claire —dijo Jack, apretando el doceavo botón.

Sintió que a su lado, Rosa pegaba un respingo, Oor cerraba los ojos, resignado y los voluntarios que les acompañaban retrocedieron un paso, como si la explosión inminente fuese comenzar en la misma consola.

Jack les sonrió.

—No os preocupéis. Los antiguos mhurgos previeron esta continencia y dispusieron que este módulo, que contiene el puente, se ponga a salvo.

El suelo tembló, se escucharon chasquidos y luego un fuerte rugido. Todo ocurrió con rapidez, pero Jack tuvo tiempo de mirar a la pantalla donde estaba Claire.

La primera compuerta aún no había cedido ante el poder de los láseres. La segunda pertenecía al módulo del puente.

Jack susurró un adiós a Claire cuando la conexión visual con el pasillo que conducía al puente quedó cortada.

El módulo saltó al espacio, separándose de la gran nave a

enorme velocidad.

—Treinta segundos para la explosión —anunció Jack, mirando un cronómetro digital.

Oor movió los objetivos y situó en la gran pantalla mural la silueta de la nave mhurgo. Todavía podía apreciarse en ella el hueco que había dejado el módulo. Al otro lado debía estar Claire, rodeada de sus robots y paralizada por el miedo, casi escuchando el acercamiento de la muerte a medida que los segundos se escapaban.

Pronto la nave de Mhurg se convirtió en un minúsculo puntito. Oor aumentó al máximo el acercamiento telescópico y pese a todo, la nave seguía teniendo el tamaño de una canica.

—Estamos a veinte mil kilómetros de ella y a unos doscientos kilómetros de la superficie de Procyon —anunció Ool. —Será suficiente.

A continuación de las palabras de Jack, la gran pantalla mostró un círculo rojo que fue creciendo en tamaño y cambiando su color al blanco intenso.

La gigantesca explosión parecía extraña al captarse su imagen sin sonido alguno. Ocupó todo el tamaño de la pantalla y luego fue disminuyendo lentamente.

Todo rastro de la hoguera atómica desapareció diez segundos más tarde.

Jack se derrumbó en un sillón y dijo a Oor —conecta con Procyon. Comunica a lord Thomas que el peligro ha terminado. Los robots deben estar ya inutilizados, Cuando se convenzan que todo ha terminado, se decidirán a volver al astropuerto y enviar una nave a rescatarnos.

Rosa le puso las manos en los hombros y él las acarició. —Ha sido como una pesadilla que debemos olvidar. —Dijo ella, y pensó que a Jack debió haberle costado un gran esfuerzo destruir la nave y a Claire.

El voluntario, un joven casi barbilampiño, tosió discretamente y preguntó a Oor:

—¿Es cierto que en esa nave había una fortuna? El iorgoonita gruñó en su lengua y añadió:

—Sí, toneladas de metales preciosos, que se han ido al infierno.

—Es una lástima, ¿no?

—Maldita sea, mocoso —protestó Oor—. Aquella visión fue lo

que transformó a Kent Freeman y lo convirtió en un pelele a manos de la locura de Claire Seelye.

—Oh, lo siento… —se disculpó el joven, enrojeciendo. Oor esbozó una sonrisa tosca, pero amable si alguien conocía un poco a un nativo de lorgoon.

—Perdóname tú a mí. Te has portado como un valiente.

—Miró a las dos chicas. —Todos habéis sido estupendos. Ahora tendremos paciencia y esperaremos a que nos rescaten.

—¿Tardarán mucho?

—No si me dejáis tranquilo y puedo contactar con Laskae.

* * *

Doce horas más tarde abandonaron el módulo y después de un corto vuelo en una nave auxiliar del astropuerto, descendieron en Procyon.

No recibió una bienvenida entusiasta. Aún había pocas personas en el astropuerto. Lord Thomas les agradeció la gesta.

—Ahora tendremos que trabajar duro para que esta región recobre la tranquilidad.

—El viejo suspiró mirando con pesar desolación reinante. —Desde las otras ciudades, con las que al fin hemos podido comunicamos, enviarán ayuda.

Jack frunció el ceño.

—Será mejor que nosotros nos vayamos por algún tiempo de Procyon. Me refiero a Oor, Rosa y yo.

—¿Por qué? —preguntó lord Thomas sorprendido.

—Nos consideramos en cierto modo los causantes de lo sucedido, de tantas muertes.

—Nada de eso —dijo firmemente el anciano—. Somos civilizados y todos comprenderán. Además, habéis hecho más de lo que cualquiera podía hacer. En realidad hemos salvado al planeta gracias a vosotros.

—No se olvide de Jenkins, que fue quien luchó denodadamente para que pudiéramos llegar hasta la nave mhurgo… —Jack se detuvo al recordar que ellos habían dejado en una situación delicada a Jenkins—. Por cierto, ¿qué ha sido de él?

—Está herido y deseando daros un abrazo —rió el anciano—. Tengo ahí un vehículo que puede llevaras al hospital donde le hemos recluido. No quiero forzaros, por supuesto. Si deseáis marcharos de Procyon no puedo impedirlo, pero lo lamentaré. Anne Lou está con Jenkins.

Jack cruzó una mirada con Rosa y ésta asintió sonriendo.

Detrás suya Oor dio su conformidad con un gruñido.

—Iremos a la ciudad —replicó Jack.

—Magnífico.

Los tres tripulantes de la *Trade Planet* se encaminaron hacia el vehículo que les esperaba en el exterior del astropuerto. Se cruzaron con grupos de hombres y mujeres que acudían a poner en condiciones las instalaciones. Recibieron sus saludos entusiasmados y se alejaron de ellos agitándoles las manos.

FIN